

Ana Escudero

JUICIO
A UN
ALMA
ATORMENTADA



JUICIO A UN ALMA ATORMENTADA

Primera edición: julio 2018
© Ana Escudero Canosa
© Juicio a un alma atormentada
Registrado en Safe Creative: 1807027616585
Todos los derechos reservados

Corrección, portada y contraportada: Ana B. López.

JUICIO A UN ALMA ATORMENTADA

Ana Escudero

CAPÍTULO I

Lucas creyó despertar de un sueño al abrir sus azules ojos. Esos mismos hermosos ojos le indicaron el desconocimiento del lugar en el que se encontraba. Una palabra acudió rauda al pensamiento de Lucas: aséptico. Tal palabra jamás la había utilizado. No entraba dentro de su escaso vocabulario de joven superado por la secundaria.

Paredes blancas tan altas que no se veía el techo y la tabla de metal en la que seguía acostado era lo único visible para Lucas, quien se alzó para sentarse con las piernas bamboleantes a pocos centímetros de un suelo tan blanco como las paredes que lo aprisionaban.

Desde su posición, ahora más privilegiada, no podía ver si alguna de esas cuatro paredes escondía una salida, tal era el tamaño de dicha estancia, por lo que saltó para poner sus desnudos pies sobre el impoluto suelo. Un escalofrío recorrió su espalda al tocar el suelo. Y no era el frío lo que había alterado a Lucas. En todo caso, no había sido solamente el frío. Un agujero mayor que una pelota de tenis, pero inferior a un balón de fútbol, invadía el espacio antes ocupado por su incipiente barriga cervecera. El tal agujero era de un tamaño que era imposible no verlo. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que tenía ese “pequeño” defecto?

Lucas miró hacia el agujero sin sentir aprensión. La curiosidad de su existencia superaba cualquier miedo, cualquier sentimiento negativo.

—No siento dolor. ¿Por qué? ¿Cómo es posible? —reflexionó en voz alta.

Con una de las manos atravesó el agujero y la misma apareció al otro lado, como si fuese un macabro truco de magia. Retiró el brazo, pero antes de extraerlo completamente palpó los bordes de la herida. Sentía curiosidad por lo que apreciaría, pero no sintió nada, ni siquiera las cosquillas a las que era propenso.

—Bienvenido, veo que ya ha despertado.

Lucas alzó la mirada sorprendido. Ninguna puerta se había abierto y ante él se encontraba un hombre de blanca y larga cabellera que vestía una túnica y de su cintura colgaba una serie de llaves, todas diferentes entre sí.

—Yo soy Pedro. —Se presentó el desconocido—. Y mi cometido es cuidar de ti hasta que se decida cuál va a ser tu futuro. Ahora mismo tu alma está siendo juzgada por los dos jueces supremos.

—No entiendo, ¿qué me ha pasado? ¿Qué hago aquí? Y por cierto, ¿dónde estoy? ¿Quién eres?

—Muchas preguntas, Lucas, demasiadas. Las respuestas las irás descubriendo poco a poco, no te preocupes. Cada uno tiene un ritmo propio para conocer su propio final. Sí te puedo contar que tus acciones han sido pesadas en la balanza del bien y del mal para determinar si tu alma debe ser premiada con el cielo o castigada con el infierno. Pero ha surgido una pequeña dificultad, y es que la balanza bailoteaba en un sentido y en otro sin acabar de decidirse por uno de los dos bandos. Al comprobar la imposibilidad de decidir tu futuro con la balanza del bien y del mal, se ha procedido a convocar el juicio.

—Y si estoy siendo juzgado, ¿cómo es que no estoy en la sala del tribunal? ¿Qué clase de juicio es ese en el que el reo no está presente y no puede defenderse?

Pedro lo miró sorprendido mientras jugueteaba con el manajo de llaves.

—Es un juicio a puerta cerrada —le explicó—. Nadie puede estar presente hasta que los jueces dictaminan. Así es la ley.

—Pero tendré derecho a una defensa.

—Si es esa tu preocupación, pierde cuidado. El juez del bien es a la vez su abogado defensor, como el juez del mal es el fiscal.

—¿Y únicamente están ellos dos en la sala?

—Así es, Lucas —dijo Pedro mirándolo con paciencia, aunque no era tan difícil de entender.

—Dos personas, cada una con un criterio. ¿Cómo llegan a un acuerdo? —siguió preguntando Lucas.

—Así ha sido desde el inicio de los tiempos —respondió Pedro molesto porque Lucas se atrevía a cuestionar—. Aquí es posible llegar a un acuerdo, pues en este lugar no existen ni la bondad ni la maldad absoluta. Estamos en un territorio neutral. Nadie tiene la razón absoluta en este lugar.

Lucas seguía sin entender nada. Pasó la lengua por los labios con la idea de recordar el sabor de la última copa de whisky con soda que había tomado. Nada.

—¿Cuándo tomé mi última copa? —preguntó en voz alta.

Pedro no respondió. Lucas dudó si ese silencio era desconocimiento o prohibitivo, ¿quizás le había sucedido algo mientras bebía sentado en su viejo sofá

ante un televisor de pantalla plana?

—Ahora, si me acompañas, te llevaré a la sala de espera. Allí podrás seguir tu juicio en directo. Allí conocerás tu sentencia.

Lucas se miró. Ninguna tela tapaba su cuerpo mientras Pedro vestía una túnica blanca.

—¿No estará mal visto si me paseo así? —preguntó señalando su desnudez.

—Lo siento, pero no puedes vestir de blanco mientras te están juzgando. No sería ético. Ahora mismo la túnica azul que llevas es la más adecuada. La hemos elegido del mismo tono que tus ojos, de los que siempre has estado tan orgulloso.

Lucas lo miró como se mira a un loco. ¿Túnica azul? ¿Qué túnica?

—Sígueme —dijo Pedro antes de empezar a andar y después añadió—. No te preocupes, tarde o temprano serás capaz de ver o dejar de ver nuestras túnicas a voluntad.

Lucas se escandalizó. No creía tener el menor deseo de ver el cuerpo desnudo de Pedro. Ni de ningún otro de los que estaban por allí.

—Ya hemos llegado. Pasa y siéntate.

Lucas obedeció entrando en la nueva sala. Sorprendido, miró a su alrededor. Desconocía si se habían alejado poco o mucho de la primera sala, ni la dirección que habían tomado, no había sido capaz de medir ni el tiempo ni la distancia empleada, pero esta nueva sala era idéntica a la anterior. El mismo color blanco lo dominaba todo, la misma tabla situada en el centro era el único espacio apto para sentarse. Lucas dudó, pensando que no habían salido de la primera habitación.

Avanzó hasta el mismo para sentarse y entonces esperó alguna señal infructuosamente. Pedro le había indicado que desde esa sala podría seguir el juicio. ¿Sería Pedro un mentiroso? ¡Quién sabe!

Aburrido, se sentó y después, a pesar de la dureza de la tabla, se acostó. Instantáneamente, se sintió como adormilado, por lo que cerró los ojos, y entonces ocurrió. En su mente podía ver a dos personas sentadas, una frente a la otra hablando sobre él. Las dos, desnudas ante sus ojos: una con una larga y blanca cabellera acompañada de una magnífica barba y la otra, con la misma larga cabellera de rojizo color. Ninguna barba poblaba su rostro.

—No se puede negar que si la balanza duda es porque tiene algo de pureza esa alma —afirmó el tipo de la barba blanca que Lucas. Dios, según la creencia de Lucas.

—También es aceptable afirmar que si ha dudado es porque la malicia anida en ella —sentenció el del cabello rojizo, Satanás seguramente.

—Ya sabemos que un alma puede ser buena y mala, pues no existe ni la bondad ni la maldad absoluta en el hombre. Yo me encargué de que fuese así.

—No presumas tanto, pues nos hemos encontrado con un alma donde la bondad y la maldad están equilibradas, y ahora nos toca hacer el trabajo de la balanza —le recordó Satanás.

—Debemos encontrar un método para conseguir descubrir si tiene un alma buena o mala.

—También nos la podemos dividir. Yo me la quedo los primeros mil años y después tú te la llevas para arriba. Y así hasta el fin de los tiempos.

—No, Sat, sabes que ese método no me gusta. Ya lo probamos una vez y fue un desastre.

—Eso sucedió porque esa alma era ya mala por naturaleza, yo solamente azucé las brasas, D.

Los dos callaron durante unos breves instantes.

—No, tengo la solución —sentenció Dios—. La someteremos a una prueba. Según la supere, será para ti o para mí.

—¿Qué prueba has pensado, D.?

—Mientras estábamos debatiendo he aprovechado para repasar todo su historial y he descubierto a un alma cuya existencia pende del hilo de una decisión. Según decida, su vida será un infierno o un paraíso.

—¿Qué alma? —preguntó Satanás accediendo al informe de Lucas.

—JK_{324032W}.

Satanás repasó el informe del alma Lucas en el que se podía ver toda su vida, desde su nacimiento hasta su final. Después seleccionó el informe de JK_{324032W}, pero a diferencia del informe de Lucas, en este caso era posible ver toda su vida pasada, así como sus posibles futuros, según fueran las decisiones que fuese tomando.

—Veo por qué la has elegido. Es todo un reto. Acepto el trato. Nos divertiremos.

Dios y Satanás estrecharon sus diestras. En ese momento, Lucas abrió los ojos. El juicio había terminado. Su destino estaba decidido. Ante él se encontraba Pedro, quien jugueteaba de nuevo con el manajo de llaves.

—Acompáñame, debemos elegir un cuerpo —le explicó— y no tenemos demasiado tiempo.

—Durante el juicio he oído que hacían referencia a alguien, pero no dijeron su nombre, solamente algo como JK_{3...} y algo más que no recuerdo. ¿Quién es? ¿Qué tiene que ver conmigo?

—24032W —completó Pedro—. Pero no te puedo explicar quién es, esa información es secreta por tema de la ley ODPA.

—¿ODPA? —Nunca la había oído nombrar.

—Nunca habías muerto antes —respondió con una risotada Pedro—. Significa Ocultación de los Datos Personales de las Almas. Ahora, será mejor que te busquemos un nuevo cuerpo. Lo necesitarás allá abajo —dijo señalando hacia la Tierra.

CAPÍTULO II

Lucas despertó de nuevo. Durante una fracción de segundo mantuvo los ojos abiertos, después los párpados volvieron a caer y dos segundos más tarde se volvieron a alzar ya definitivamente. En ese instante, fijó su vista en su entorno.

Al frente, una pared invitaba a enfundarse en unos estrechos vaqueros. Una calavera dorada adornaba la pared situada a su izquierda, seguramente símbolo de alguna tribu urbana. Detrás se encontraban los contenedores de la basura, cinco en total contando con los del reciclaje. La pared en la que se apoyaban los contenedores lindaba con un restaurante japonés, y a su derecha, la salida del callejón daba a una calle seguramente céntrica a juzgar por el ruido del gentío que se escuchaba. Por último, se olió la ropa, desprendía una peste a pescado podrido que tiraba de espaldas.

Se alzó, sus brazos desnudos desde los codos hacia las muñecas le mostraron unos brazos señalados por innumerables pinchazos. Una jeringuilla tirada justo al lado donde él había estado echado le indicó que ese cuerpo había muerto seguramente de una sobredosis.

Se dirigió a la derecha camino de la estación de metro más cercana, por suerte era de la línea amarilla y así se evitaría hacer transbordo.

Volvió a olfatearse mientras revisaba sus bolsillos, pues ahora eran sus bolsillos, en busca de algunas monedas para comprar un billete del metro.

Ese olor era nauseabundo, pero no podía hacer nada para evitarlo. ¿Sería que el cuerpo se estaba descomponiendo?

Las insuficientes monedas lo invitaron a colarse en el metro. Nadie le dio el alto. Bajó al andén y subió al primer metro que llegó, quedándose de pie junto a una de las puertas. Miró a su alrededor, nadie se atrevió a hablarle, pero todos se alejaron de él todo lo posible. Lucas lo agradeció, pero no dijo nada, mejor era si lo dejaban en paz.

Veinte minutos después estaba ante el edificio en el que él vivía. O mejor dicho, en el que había vivido su antiguo yo hasta su, seguramente, trágico final. Aprovechó que la puerta principal se encontraba abierta porque la asistenta estaba fregando la

entrada para entrar en el edificio. La mujer se santiguó al verlo, pero no le dirigió la palabra.

Lucas saludó al portero, quien no levantó la mirada de la revista ni dejó de jugar con un lápiz de color púrpura. Lucas volvió a saludarlo elevando la voz. Quizá se había quedado sordo y todavía no se había enterado.

—¿Sí? ¿Qué desea? —preguntó finalmente suspicaz ante su aspecto poco agraciado—. Será mejor que se largue, aquí no queremos vagabundos ni drogadictos.

En el descansillo había un espejo y Lucas, que hasta ese momento no había visto su nueva cara, se sorprendió al no reconocerse. Adiós a sus maravillosos ojos azules. Hola a unos simples ojos castaños.

El portero salió de su garita, no iba a permitir que ese tipo se pasease por su edificio si podía evitarlo. Con firmeza le volvió a hablar.

—¿No me ha entendido? No lo quiero aquí. No se le ha perdido nada. No estoy para tonterías.

Lucas pensó que sí se le había perdido algo allí, que unos pisos más arriba estaban sus viejas pertenencias, pero no era el momento de discutir. En su lugar se dejó acompañar hasta la puerta.

La mujer, en cuanto vio que ese tipejo se alejaba calle abajo, dejó el mocho apoyado en la pared antes de acercarse al portero.

—¿Qué quería? ¡Vaya una pinta! Suerte que lo has mandado a freír espárragos. Seguro que venía con la intención de robar.

—Ni lo sé, ni me importa. Si vuelve por aquí, avisaré a la policía —afirmó volviéndose a encerrar en su pequeño mundo.

Mientras tanto, Lucas giró a su derecha para dirigirse al parque más cercano, situado a doscientos metros de su antiguo hogar. Allí podría pensar en calma cuál debería ser su siguiente paso. Pedro, ciertamente, no le había dejado demasiadas pistas, por lo que desconocía qué o a quién debía buscar.

El tiempo transcurría tan lentamente que parecía haberse detenido. ¿Qué esperaba? No lo sabía. Miró a su alrededor. A su derecha, pero fuera del parque, en la calzada, cruzándola, vio a una joven de unos veintitantos, morena, que seguro no trabajaba como modelo. No tenía las medidas proporcionadas. Le faltaba estatura. Vestía un uniforme de azafata y parecía triste, infeliz. Lucas se levantó del banco. Había llegado el momento de moverse de nuevo. Segundos después estaba al lado de la joven. La miró. No sabía quién era, pero era lo que había estado esperando

durante horas.

Lucas aprovechó que ella miró hacia su derecha para observar bien su rostro. La miró a los ojos. Sorprendido, vio que había llorado, sus ojos todavía mostraban restos de lágrimas. Permitted que la joven comenzase a cruzar antes de comenzar a seguirla a distancia, pues no quería disgustarla aún más. Durante media hora la siguió, hasta que ella detuvo su caminar delante de un edificio de apartamentos similar al suyo. La joven entró en aquel y se acercó al ascensor. Pulsó el botón de llamada y esperó que bajara del noveno piso. Lucas se sintió sudoroso. Por un momento, creyó que era su viejo terror a los ascensores, pero no era así. Volvía estar libre. El cuerpo del drogadicto se hallaba tirado a su lado. Su vida útil había llegado a su fin. Poco tiempo le había servido ese cuerpo. Ahora tenía que esperar a que Pedro le facilitase otro cuerpo. Mientras tanto, se las arreglaría tal cual. Tampoco podía ser tan difícil ser un fantasma.

La joven entró en el ascensor. Lucas decidió subir por las escaleras. Por nada del mundo se metería en ese ascensor. Se fijó en el piso que pedía la joven y subió al mismo antes de la llegada del ascensor. Cuando ella salió del mismo, sacó una llave del bolso y abrió con la misma una de las puertas del piso. Al entrar abrió las luces y ante los ojos de Lucas apareció un apartamento más o menos bien decorado. Lucas esperó de pie junto al sofá a que saliese. La joven no tardó en hacerlo. Cuando salió, llevaba una bata rosa y debajo de este, sobresaliendo por debajo y por las mangas, un camisón blanco. Su cara ya no mostraba el rastro de las lágrimas vertidas. En su lugar, una sonrisa triste.

La puerta de la entrada se abrió dejando paso a una joven pelirroja de veintipocos y de belleza insuperable.

—Por fin has llegado. Has tardado —escuchó Lucas que le reprochaba la joven a la que había seguido y de la que aún no conocía su nombre.

—Lo siento, la fiesta fue de lo mejor —respondió la pelirroja dejándose caer en el sofá para, a continuación, quitarse los zapatos de tacón y masajearse los doloridos dedos.

—Me lo imagino —contestó irónica.

—¿Por qué te fuiste tan temprano? ¿Qué te pasa, Rocío?

«Rocío, se llama Rocío», pensó Lucas.

—¿A mí? Nada. Solamente estaba cansada. ¿Todo fue bien, Judith, después de mi marcha?

—Sí —contestó Judith—. ¿Por qué no aguantas ni una sola broma de Roberto? Ya

sabes cómo es, no deberías hacerle tanto caso. Si lo tomas en serio es peor, se crece. Debes aprender a pasar de él. Te iría mucho mejor.

—Gracias por preocuparte tanto por mí, eres una buena amiga. Ahora me tengo que acostar —dijo levantándose del sofá perezosamente—. Mi tren para A Coruña sale a las ocho y veinte de la noche y quiero descansar antes, después ya no podré.

—¿Quieres que te despierte a alguna hora en especial? Yo estaré en mi habitación estudiando. El sábado tengo dos exámenes y...

—Todavía no te sabes la lección —completó Rocío.

Judith carcajeó divertida.

—Cómo me conoces. Entonces, ¿quieres que me encargue de despertarte?

—Si me haces el favor de avisarme a las seis y media, será perfecto.

—Entonces, buenas noches, Rocío, aunque es raro eso de decir buenas noches cuando todavía luce el sol.

—Estudia mucho, Judith.

Rocío se encaminó a la que debía de ser su habitación. Lucas la siguió, entrando en el dormitorio decorado principalmente con colores pasteles. Un gran corazón destacaba sobre la cama, vestida con una colcha llena de rosas rojas y rosas.

«Es una romántica», calculó Lucas.

Mientras tanto, Rocío se sentó en la cama para descalzarse. Después colocó sus manos sobre su cintura. Lucas, adivinando lo que iba a pasar a continuación, se sintió enrojecer, si eso todavía era posible. Entonces se giró dándole la espalda a Rocío y esperó un par de minutos hasta que sintió el ruido de los muelles de la cama y un breve suspiro emitido por la joven futura durmiente. Volvió a girarse. Ella estaba con los ojos cerrados, acostada sobre el lado derecho.

«Y ahora, ¿qué tengo que hacer?», se dijo Lucas.

De pronto, escuchó una voz. Rápidamente la reconoció. Era Pedro.

—Déjala dormir, te espero en la sala de reciclaje. Ya te hemos encontrado otro cuerpo. Espero que esta vez lo cuides mejor.

—¡Valiente caradura! —respondió Lucas—. ¿Qué culpa tengo yo de que me hayáis dado un cuerpo en tan mal estado?

CAPÍTULO III

El tren llegó a la estación de San Cristóbal pocos minutos después de las once de la mañana, con solamente diez minutos de retraso. Todos los viajeros bajaron del mismo, entre ellos un hombre de pelo castaño y ojos de un color extrañamente claro. Rocío, tras comprobar que no quedaba ningún pasajero en los vagones, bajó del tren dirigiéndose a la salida de la estación. Allí una sonrisa iluminó su rostro cuando vio a un joven de unos treinta años saludarla efusivamente con la mano derecha.

—Rocío, amor, ¿qué tal el viaje? —le dijo tomándola entre sus brazos.

—Hola, Alain —contestó respondiendo a su abrazo y disponiéndose a saludarlo con dos besos, uno en cada mejilla—. El trayecto como siempre, solamente tuvimos un pasajero un poco peliculero, ya te explicaré.

—¿Vamos?

Los dos entraron en uno de los cines situados en Los Cantones y se sentaron en la vigésima fila. Alain había comprado unas palomitas que ahora compartiría con Rocío. La miró. Era bella, pero jamás iba a ganar un concurso de belleza. Solamente había un problema en ella, y era su familia. Era demasiado rica para él, un pobre pintor. Rocío trabajaba como azafata de tren a pesar del dinero del padre, pero Alain sabía que nunca lo iban a aceptar en la familia, y jamás se lo había pedido. Ni siquiera sabía si ella lo amaba o únicamente era su mejor amigo. Sabía que se sentía a gusto a su lado, pero no sabía si ella sentía amor por él o era cariño.

Lucas, que había seguido a la pareja a través de la Ciudad de la Luz, decidió sentarse en la fila veintiuna, y dos asientos a la derecha de la pareja. Ahora ocupaba el cuerpo de un tipo de unos cincuenta años de edad, cuyo sobrepeso lo había conducido con seguridad hasta la muerte. Lucas, delgado por naturaleza, ahora casi no podía depositar su nueva humanidad en el espacio de una butaca de cine. Los miró con ojos críticos y dirigió una dura mirada al cogote de Alain, como si lo estuviera evaluando.

«Parece un buen muchacho, no creo que fuese él quien la hizo llorar ayer. Si

hubiese sido él, no estaría ella ahora tan tranquila a su lado», reflexionó Lucas.

Se alzó levemente de su asiento. Alain y Rocío se estaban besando, aunque no con demasiada pasión, al menos por parte de Rocío. Alain murmuraba algo en su oído. Lucas pensó en acercarse algo más para saber qué murmuraban, e iba a levantarse cuando se escuchó pensar:

«¿Qué piensas hacer? Deja que hablen en paz».

Lucas sonrió y se levantó del asiento, quedando de pie delante del mismo, creando con su cuerpo una barrera que impedía la visión de la pantalla a la persona sentada detrás de él.

—¿Qué hace, idiota? No me deja ver —le recriminó entonces la espectadora.

—No se altere, señora —respondió Lucas—. La película todavía no ha comenzado. Enseguida me siento.

Alain se había apartado de Rocío con el ceño fruncido. Lucas quiso acercarse, pero se contuvo, continuando de pie mientras la señora lo amenazaba con llamar al encargado y a la policía, si era necesario, que ella no se iba a dejar avasallar por un alborotador. Ahora era Rocío la que hablaba con Alain. Este pareció tranquilizarse, hasta casi sonreír. Rocío sonrió a su vez y lo besó en la mejilla, como una amiga o una prima, pero no como una novia. Alain también debía comprender el significado de ese beso, pero su expresión risueña no desapareció e incluso soltó un par de alegres carcajadas.

—Eres buena —oyó que decía Alain.

Pero no llegó a entender la respuesta de Rocío.

A las seis y cuarto la película acabó. La pareja salió del cine cogidos de la mano y en la calle Alain la agarró del brazo. Cruzaron la calle, seguidos de Lucas, quien resoplaba a cada paso que daba. Esos pulmones estaban para el arrastre. ¡Vaya unos cuerpos que le facilitaba Pedro!

Los siguió hasta llegar a un edificio de cuatro pisos y en un estado ciertamente precario. Entraron. No había ascensor. La pintura del recibidor se caía a pedazos. La escalera estaba sucia y se notaba que algunos pisos estaban deshabitados, por no decir todos menos uno, justamente la cuarta planta.

Al final de la cuarta planta había una puerta cerrada con un candado y una cadena. Alain sacó una llave y la abrió. Entró y después dejó el paso libre a Rocío. Ella entró como si fuera su propia casa.

—¿En qué trabajas ahora? —preguntó mirando a su alrededor para descubrir cualquier cambio desde su última visita.

Alain sonrió y desapareció tras un biombo. Rocío se sentó en una incómoda silla de madera y esperó. Alain volvió minutos después. Se había quitado la chaqueta y los zapatos. En su mano izquierda traía unos cuadros y en la derecha unas brochas. Dejó los cuadros apoyados sobre la pared y retrocedió. Rocío se levantó para poder observarlos mejor.

Lucas también se acercó. La primera obra representaba a una bella mujer morena, muy parecida a Rocío, en un paisaje campestre. Y les gustó. A los dos.

—¿Qué te parece? —preguntó Alain.

—Sé que tienes talento, pero yo no sé nada sobre pintura —repuso Rocío.

—¿Pero te gusta? No importa si sabes de arte. No busco la opinión de un crítico, si no saber lo que transmite este cuadro a alguien normal, como tú. Tu opinión es mucho más valiosa porque sale del corazón.

—¿Puede haber algo tuyo que me pueda desagradar? —contestó como si no quisiese comprometerse.

—Entonces, no me rechaces.

«¿A qué te refieres?», pensó Lucas.

—¡Oh, Alain! No comiences. Ahora, no.

—No lo entiendo, Rocío, sinceramente.

—Estamos bien tal y como estamos. ¿Para qué estropearlo con unos papeles? No puedo ni quiero.

—Dame una razón y no te lo preguntaré más. Te lo juro.

—Solamente te puedo dar una razón para odiarte si...

Alain cerró los ojos, respiró hondo, y los volvió abrir. Era como si nada hubiera pasado. Después le enseñó otra pintura. Rocío frunció los labios.

—No está bien —dijo simplemente.

—¿Qué le pasa? ¿Qué te hace sentir?

—No está bien—repitió tercamente.

—Lo que tú digas. —Sabía que no debía discutir con ella—. ¿Cuánto tiempo te quedas esta vez?

—Aún nos queda tiempo —respondió desabrochándose la blusa botón a botón, muy lentamente—. No vuelvo para Barcelona hasta mañana por la tarde. Ahora, deja ese pincel, vas a tener algo más importante entre manos.

Y dejó caer finalmente la blusa al suelo, dejando a la vista su sujetador color carne.

Alain dejó caer el pincel, alargó la mano hacia Rocío y tiró de ella, llevándola tras

el biombo, que escondía una pequeña cama demasiado cascada a juzgar por su estado.

Rocío, tras desprenderse de su falda y los zapatos, se dejó caer sobre la misma. Alain la imitó, tras desnudarse, quedándose solamente en calzoncillos. La abrazó fuertemente.

—¿Estás segura? —preguntó.

Ella, por toda respuesta, se colocó sobre él.

—No hagas que me arrepienta de quedarme contigo. Como te he dicho antes, esta noche vas a tener mucho trabajo, tienes un pincel que utilizar en mí.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, Rocío abandonaba el piso de Alain después de haber disfrutado mutuamente. Había sido una noche de apasionante intercambio de fluidos, pero nada más, al menos para Rocío. Para Alain, por cierto, era una muesca más de dolor.

Rocío caminaba con el paso ligero, alegre. Resplandecía, ciertamente. Los coches circulaban con extrema rapidez. Rocío cruzó sin atender al tráfico. No vio el coche que se abalanzaba sobre ella. El mismo había doblado la esquina con demasiada velocidad y ahora no podía frenar. Rocío alzó los ojos espantada. Entonces, Lucas saltó hacia Rocío, consiguiendo, a duras penas, agarrarla por la chaqueta.

—¿Qué hace, joven? —le espetó—. Casi la atropellan, y eso sería una pena.

—¿Eh? Gracias, señor. —Y fijándose en su redondo rostro—. Usted viajaba en el tren.

—Así es. No me había dado cuenta de que es usted la azafata.

—¿Está disfrutando de A Coruña? ¿Ya la conocía?

—Sí, gracias —contestó Lucas sintiéndose cada vez peor, ese gesto altruista había sido demasiado para ese rechoncho cuerpo—. Bueno, adiós. Tenga cuidado, no me gustaría que una joven tan bella muriese atropellada.

—¿Se encuentra bien? —preguntó—. No tiene buena cara.

—No es nada —mintió—. Ahora he de irme, usted siga su camino que yo seguiré el mío, y con un poco de suerte se volverán a cruzar.

Rocío decidió hacerle caso, aunque preocupada terminó por cruzar la calle mientras Lucas se escondía en un callejón. A duras penas llegó a tiempo, su segundo cuerpo yacía ya en el suelo entre fragmentos de botellas rotas.

Otro cuerpo desechado, por suerte en esta ocasión le había durado casi veinticuatro horas, ciertamente era una gran mejora.

Pero ahora ¿de quién iba a ser su próximo cuerpo? Esperaba que en esta tercera

ocasión Pedro se esmerase más y no le adjudicase a un enfermo o un drogadicto.
¿Es que no morían cuerpos más sanos?

CAPÍTULO IV

Un criado ya mayor abrió la puerta principal. Delante de él estaba la señorita de la casa.

—Bienvenida a su casa, señorita Rocío. Siempre echo en falta su alegría. Debería visitarnos más.

—Gracias, Jaime, tú siempre tan amable —le dijo dándole dos besos. Lo conocía de toda la vida. Siempre había sido como otro padre para ella—. ¿Mi padre ya ha llegado de la oficina?

—El señor no tardará en llegar. Ya sabe que siempre llega puntual a todas las comidas.

—Lo sé, Jaime. —Se encaminó hasta la sala—. ¿Y Gregoria por dónde anda?

—La señora Gregoria se encuentra en sus habitaciones, señorita Rocío. ¿Desea que la avise?

—No, gracias. Ya sabes que no deseo hablar con ella.

Jaime se alejó hasta desaparecer de la vista de Rocío. Esta se dejó caer en el sofá y observó con ojo crítico la sala. La habitación había sido decorada por su madre años atrás, cuando aún vivía. Había gozado decorando toda la mansión con jarrones chinos llenos de flores y de cuadros de artistas poco conocidos. Siempre había preferido confiar en los desconocidos. Seguro que ella hubiese comprado un cuadro de Alain.

Quince años atrás había muerto de leucemia. Los médicos no habían podido salvarla. Rocío, que en aquella época tenía diez años, lo recordaba como el hecho más funesto de su existencia. Siempre se había llevado bien con su madre. Había sido la amiga perfecta, y hasta los últimos instantes únicamente había pensado en la felicidad de su marido y de su hijita.

En su orden de horrores se llevaba la medalla de plata el matrimonio de su padre con Gregoria cuatro años después de la muerte de su madre. Él había considerado que la niña necesitaba una madre y se había casado sin consultárselo de la noche a la mañana. No resultó. La hija no deseaba tener otra madre y la esposa no deseaba una hija adolescente.

Tampoco lo amaba como lo había amado la madre de Rocío, y eso Rocío lo había notado desde el minuto uno. Ahora, tras todos estos años de matrimonio habían firmado una tregua. Se miraban, se hablaban, pero no se relacionaban. No eran amigas. Únicamente compartían un espacio común en contadas ocasiones.

Gregoria siempre había querido dominarla, pero no lo había conseguido. Rocío no fue tan fácil de manejar. Cinco años atrás, al cumplir los veinte años, había dejado la casa y se había puesto a trabajar a pesar de los ruegos de su padre y los gritos de su madrastra. No podía soportarlo más.

—Hola, querida —la saludó su madrastra.

—Hola, Gregoria. ¿Qué tal estás?

—Ya me ves. ¿Sigues saliendo con ese idiota? —la atacó.

—Te agradeceré que no lo insultes.

—De acuerdo, no es lo bastante importante para ser insultado por mí. ¿Cuándo piensa llegar tu padre?

—Y yo qué sé —respondió con rabia.

La puerta se abrió. El señor de la casa había llegado. Dejó su sombrero sobre la mesa. Siempre llevaba sombrero.

—Querido, cuántas veces tendré que decirte que cada cosa tiene su sitio y que los criados están para algo.

—Sí, querida —respondió sumiso—. Ahora lo recojo.

—No, llama al criado —le ordenó.

Rocío frunció los labios, molesta. Nadie pareció notar lo.

—La comida está servida —anunció una joven criada.

—Gracias, Carlota.

Rocío se dirigió al comedor, seguida de su padre y de su madrastra. Se sentaron a la mesa. Rocío los observaba silenciosa, cavilando si debía decir algo. Miraba a su padre. Silencioso, sumiso, jamás se había atrevido alzarle la voz a su mujer.

Con la primera había sido todo distinto. La primera no era una mujer de fuerte carácter, pero había sabido llevar la casa. Los criados siempre la habían obedecido sin rechistar. Ahora los criados, bien lo sabía Rocío, llamaban bruja a la señora cuando esta no los podía oír. La señora Gregoria era odiada por su hijastra, sus criados y la mayoría de los desconocidos. Solamente su marido no lo demostraba. Para él, ella mandaba.

—Felipe, mañana viajaremos a Londres. Saldremos a las nueve. —Y no era una sugerencia, era una orden.

—Sí, mujer —respondió como si se tratase de una letanía.

Rocío cerró los puños, clavándose las uñas de pura rabia.

—Y no se te ocurra avergonzarme.

—Sí, mujer —respondió como un loro con la lección aprendida, siempre con el mismo tono.

—Y... —comenzó.

—Déjalo en paz —saltó Rocío—. Papá, defiéndete.

—Rocío, no le hables así a tu madre —le ordenó su padre en el mismo tono que utilizaba para su mujer.

—Ni siquiera sirves para mandar a tu hija. Esa mujer te ha destruido.

—Rocío —pronunció su padre.

—Gregoria, deja en paz a mi padre. Lo estás humillando.

—Eres una desvergonzada. Mira qué hija has criado.

—Mujer... —empezó Felipe.

—Ni qué mujer ni qué ocho cuartos. Si yo pudiera...

—Eso mismo digo yo. Si yo pudiera, te echaría de aquí —dijo Rocío y se levantó.

—Rocío, retira tus palabras. Has hecho llorar a tu madre.

—¡Bah! —Besó a su padre en la mejilla y añadió—. Ella jamás será mi madre.

Cinco minutos después conducía hacia su casa. Odiaba a su madrastra casi tanto como amaba a su padre.

Lucas, sentado en el asiento del copiloto, la observaba. Había presenciado la pelea. Sí, era de esa casa de lo que la tenía que proteger. La miró. Parecía rabiosa, conducía deprisa. Llegaron a un cruce. Lucas observó que ella no sería capaz de frenar a tiempo, pero no podía hacer nada. Empujó con los pies en los pedales. Era inútil. Él no podía detener el coche, únicamente podía intentar detenerla a ella. Pero ¿cómo? Ahora era un fantasma, no podía agarrarla como había hecho en París.

Los segundos volaban y Lucas no encontraba una solución.

«Ayúdame, Pedro», pensó.

Y entonces recordó unas palabras que Pedro le había dicho justo antes de su primer regreso.

«Tú serás parte de ella, conocerás sus actos, sus pensamientos, sus deseos. Deberás unirte a ella. Cuando llegue el momento, ya sabrás cómo hacerlo. Es algo que debes descubrir por ti mismo».

Y había llegado el momento. Lucas lo sabía. Se acercó más a la chica, la tocó y se estremeció. Percibió su odio, su pena, su amor como si se tratase de él mismo.

Ahora él formaba parte de la mente de ella, pero no estaba físicamente en su interior, él seguía sentado en el asiento del copiloto.

«Frena, por favor», le pidió.

La chica no le hizo caso.

«¡Frena!».

Rocío pareció despertar. Frenó el coche.

—¿Por qué he frenado?

Lucas separó sus mentes. Ahora la conocía un poco mejor. No entendía cómo una joven como ella podía odiar con tanta fuerza. Ella, que parecía una flor delicada, tenía más carácter de lo que a primera vista parecía.

Al llegar a casa, Rocío encontró una carta de Alain. La abrió sin prisa, como si estuviera acostumbrada a recibir cartas de Alain todos los días. Decía:

Rocío, mi amor:

Ya sé que te escribí ayer y que nos veremos después de que yo escriba estas líneas, pero jamás consigo expresar todo mi amor en una sola carta.

Te amo, te deseo y nunca podrás hacerme cambiar de idea. Tú siempre serás mi chica y, aunque me rechaces día tras día, yo siempre estaré a tu lado.

Sé que tú también sientes algo por mí, lo sé aunque nunca me lo has dicho claramente. Cásate conmigo o al menos vente a vivir a París. Yo te quiero y cuidaré de ti.

Lee esta carta con atención y piensa bien en cada una de sus palabras, piensa bien lo que piensas hacer.

Con amor, Alain.

Rocío se levantó, fue a la cocina y se preparó un bocata. Casi no había probado la comida en casa de su padre. Lucas la observó. Era como si la carta no le hubiera creado una impresión. No parecía ni a favor ni en contra. No conseguía entenderla. Era una carta agradable. ¿Por qué ella no mostraba sus sentimientos? ¿Sería, quizás, que ella conocía sus cartas de memoria? A lo mejor prefería que fuera menos pesado. ¿Y qué tenían de malo sus cartas? Alain era un joven artista con talento. Parecían conocerse bien y se apreciaban. No tenía ningún impedimento para casarse con ella, y por parte de ella Lucas consideraba que tampoco. El padre no era una amenaza y Lucas sabía que a Rocío le importaba un comino lo que pensase su madrastra.

Entonces, ¿por qué? Eran una de esas parejas que la gente hubiese unido en una

telenovela. ¿Por qué no era tan fácil en la vida real?

Vio como Rocío se disponía a disfrutar de una película de misterio. Lucas dejó el apartamento. Ahora ella no lo necesitaba.

«¿Quién es ella? ¿De qué la puedo conocer? Sé que debe ser alguien de mi pasado, pero ¿quién fue ella en mi vida? ¿Y qué fui yo para ella? ¿Por qué siento una sensación de culpa, de arrepentimiento, cuando yo nunca había sentido ese sentimiento en vida? Jamás, y estaba orgulloso de ello. Ahora ya no lo estoy tanto. Tengo tantas cosas de las que arrepentirme. Me siento sucio».

CAPÍTULO V

Dos semanas más tarde, Rocío recibía una misiva de su padre que decía lo siguiente:

Rocío,

Te invitamos a que vengas con nosotros a una fiesta en casa de los Pozo. Por favor, no faltes. Me haría mucha ilusión.

Papá.

Rocío rasgó la carta sin leerla una segunda vez y la tiró al cubo de la basura. Después abrió una lata de sardinas, abrió un paquete de pan de molde, cogió cuatro rebanadas, colocó las sardinas entre dos rebanadas y con los dos restantes cubrió las sardinas. Acto seguido, se agachó y de un armario situado debajo de la cocina sacó una lata de cerveza, se levantó y se dirigió a su habitación. Una vez en ella se sentó en la cama con la pierna derecha doblada y la izquierda estirada en su totalidad. Agarró el mando a distancia y encendió la televisión, subió el volumen y se dispuso a disfrutar de una película.

Lucas se sentó a su lado hasta que la película había finalizado. Rocío ya no mascaba el chicle y se había quedado dormida encima de la cama, sin cubrirse, de cualquier manera. Lucas la observó con ternura. No parecía estar soñando o al menos no parecía estar soñando algo negativo. Vio lo destapada que estaba y supuso el frío que debía de hacer en la habitación.

«Va a coger un resfriado», pensó.

Rocío se removió inquieta, pero no despertó. De repente, Lucas se fijó en el vaso de agua que había sobre la mesilla. Lucas no había reparado en él hasta ahora. Junto al vaso había una cajita, su nombre le indicó que eran tranquilizantes.

«¿Qué le pasa? ¿Por qué toma estas pastillas? No lo entiendo. ¿Qué ha ocurrido hoy de especial? ¿La carta?».

Se acostó al lado de Rocío, arrimando su pecho a la espalda de ella y dejando caer su brazo sobre su pecho.

—Yo evitaré que te hagan daño —le prometió susurrándole al oído.

«Claro, como que tú ya la has hecho sufrir», se dijo.

«¿A qué te refieres?», se respondió.

«Eso, hazte el tonto».

«Cualquier daño que pude haberle hecho lo arreglaré».

«Pero es que el pasado no tiene solución. Le estropeaste la vida».

«No seas exagerado».

«Yo nunca exagero. No tardarás en comprender».

«¿Qué quieres decir? Contéstame».

Nadie contestó.

«Contesta, diablos».

Nada.

Lucas se arrimó aún más a Rocío, hasta casi fundirse con ella, sintiendo como su respiración era cada vez más profunda y tranquila. No podía llegar más allá, pues ella todavía vivía y él solamente podía poseer cuerpos recién abandonados.

Las noches anteriores la había dejado sola durante la noche, a partir de ahora no pensaba dejarla ni de día ni de noche. Compartiría con ella todos los momentos.

Siete de la mañana. Rocío hablaba por teléfono. Lucas se apoyó en la puerta, escuchando su fina voz. Ella se encontraba sentada en el sofá, escuchando pacientemente. De vez en cuando asentía con la cabeza. Parecía aburrida.

—Yo también te quiero... Eres tan amable... Sí, me has despertado. No, no estoy enfadada. Te lo prometo, pero tendrá que ser otro día, y por lo que más quieras, llama un par de horas más tarde. Me gusta dormir cuando no tengo trabajo. Sí, ya sé que tú siempre te levantas a las seis de la mañana, pero yo no soy como tú, y gracias... Nada, no decía nada. Solamente te daba las gracias... Sí, yo también te quiero. —Y colgó—. ¡Qué pesado es el pobrecito! —murmuró.

Lucas sonrió ante el último comentario y la siguió hasta la cocina. Ella bostezaba y se restregaba los ojos. Miró la cama con pena, suspiró y se preparó el desayuno. Unas tostadas con miel y un café bien cargado. A media tarde tenía la cita con sus padres y los Pozo. Lucas todavía no sabía si ella pensaba ir. Si así fuera, no podía dejarla sola.

Rocío terminó de desayunar y marcó un número de teléfono. Instantes después hablaba con su padre:

—Hola, papá. ¿Cómo estás? Perdóname lo del otro día, sé que me pasé. Sabía que te encontraría en la oficina, siempre eres de los primeros en llegar, aunque eso no le guste

a Gregoria. Únicamente te digo la verdad. Bueno, bueno, como quieras. No quiero discutir contigo, pero sí con ella. Disculpa, papá. Sí, iré a la fiesta, y lo hago por ti. Además, necesito divertirme. Estoy bien, no me pasa nada. Un beso. Adiós.

Y colgó.

Rocío entró en su cuarto, quince minutos después salía ataviada con un vestido de manga larga, blanco, con unas flores rojas y azules. Lucas silbó. Estaba

—¿Al final vas a ir? —le preguntó Judith restregándose los ojos.

—Sí.

—Sí que te vas temprano. Si todavía no han puesto ni las calles.

—Ya ha amanecido, Judith, aunque tú todavía estás dormida.

Judith la golpeó cariñosamente en el brazo.

—¡Qué simpática te has levantado hoy! ¿Volverás para cenar?

—Y antes. Voy a la fiesta solamente porque mi padre me lo ha pedido, pero nada se me ha perdido allá.

—Vigila, se sabe cuándo comienzan las fiestas, pero nunca cuándo terminan. Y las fiestas de alta alcurnia son las peores.

Rocío le devolvió el golpe con gracia.

—Hola, papá; hola, Gregoria.

—Hola, querida —respondió Gregoria.

—¿Estáis listas?

—Sí, podemos irnos.

Salieron al exterior. En la puerta los esperaba el chofer con el coche apunto. Entraron en el mismo y el conductor se puso en marcha. Primero se dirigió a las afueras de la ciudad y después cogió una carretera secundaria. Tras una hora de viaje detuvo el coche ante una gran mansión.

El padre de Rocío llamó a la puerta. Pronto, un criado alto y con cara avinagrada les abrió. Detrás de él iba una mujer. Gregoria sonrió y entró en la casa seguida de su marido y de su hijastra.

—Hola, querida. Gracias por invitarme.

—Ha sido un placer. —Y dirigiéndose a Rocío—. Nunca vienes a vernos.

—Es cierto, pero su casa queda algo lejos.

—Lo sé, lo sé, pero a mi marido le agrada esto.

—Hazle volver a la civilización —le sugirió Gregoria.

—Si mi marido fuese como el tuyo...

Gregoria le advirtió con la mirada y señaló a Rocío. Esta había comprendido la

frase, pero había decidido callar. No quería montar un escándalo fuera de su casa.

—Les presentaré al resto de invitados.

Entraron en una salita. La dueña de la casa cogió a Rocío por el brazo y le dijo:

—Creo que no conoces al joven Álvarez, Andrés. Es hijo de los difuntos señores Álvarez.

—No, señora.

La señora arrastró a Rocío hasta situarla delante de un joven apuesto. Los presentó y después se alejó.

—La comida está servida —avisó una criada.

Todos se dirigieron a la mesa con sus respectivas parejas.

Andrés cogió del brazo a Rocío.

—Parece que somos los únicos sin pareja. ¿Deseas ser la mía?

—Sí —respondió realmente feliz por la petición.

En la mesa se sentaron uno al lado del otro. Gregoria miró a la señora Pozo y esta sonreía asintiendo. Una hora más tarde los dos jóvenes salieron al jardín, seguidos por Lucas. Andrés debía de tener unos veintisiete años. Era alto, delgado, pero sin llegar a ser esquelético. Guapo, como si lo hubiesen sacado de un anuncio de colonia. Su pelo era tan negro como sus ojos y su piel era de un moreno natural. Parecía seguro de sí mismo. Rocío lo miraba fijamente, sin hablar.

—¿Tienes novio?—preguntó Andrés.

—No —mintió—, todavía no.

—¡Ah! Bien.

«¿Y Alain?», pensó Lucas.

—¿Cuándo murieron tus padres? Perdona la pregunta, pero no estoy al día de los últimos acontecimientos.

—No importa. Hará ahora tres meses. Murieron en un accidente de motonáutica.

—Y la cogió de la mano.

Ella no la retiró.

—Rocío, retira la mano. Tu pareja es Alain, no este mamarracho.

—¿Te volveré a ver?

—No corres mucho, ¿verdad?—preguntó irónica.

—No. Cuando quiero algo, no espero.

—Me gusta. Eso me gusta en un hombre.

Andrés sonrió y al hacerlo torció la boca.

—¿Me permites visitarte?

—Sí, claro que sí—respondió Rocío.

«Pero si casi no lo conoces», protestó Lucas.

—Mañana iré a verte a casa de tus padres.

—Mañana no podrá ser. Además, ya no vivo con mi padre.

—¿Y dónde vives?

—Vivo en un apartamento en el centro con una compañera de trabajo.

—¿Trabajas? —preguntó burlón—. ¿Y en qué trabajas?

—Soy azafata —respondió ella orgullosamente.

Lucas leyó en los ojos de Andrés el desdén que le producía la respuesta, pero Rocío no parecía darse cuenta, se sentía en una nube de felicidad.

Un par de horas después, Andrés acompañaba a Rocío hasta el coche. Al llegar al mismo, la besó en la mejilla y Rocío enrojeció. Lucas los observaba con cara de enfado. Se acercó a Andrés y lo empujó, consiguiendo que este cayese al suelo. Lucas esperaba que Rocío se riese, pero no sucedió así. Salió del coche, y corrió a su lado. Andrés se levantó. Parecía tan limpio y tranquilo como antes.

—¿Estás bien, Andrés?

—Sí, gracias.

Rocío volvió a meterse en el coche tranquilizada. Lucas se sentó encima del capó del coche y miró cómo Andrés Álvarez se sacudía el polvo.

CAPÍTULO VI

Rocío, en uno de los breves momentos de relax, se animó a hablar con una de sus compañeras de trabajo, Sofía, que además era su superior.

—¿Sabes qué, Sofía? He conocido a un hombre realmente... realmente...

—¿Realmente qué? —preguntó Sofía, cortante.

—No encuentro la palabra adecuada, pero tú ya me entiendes, ¿no?

—Sí —afirmó y sonrió. Claro que entendía.

—Es tan especial... No sé cómo hablarte de él.

—¿Desde cuándo lo conoces?

—Lo conocí ayer en una reunión.

—¿Ayer? ¿Y ya es tan maravilloso? Si no has tenido tiempo ni de saber de qué color son sus ojos.

—Marrones —respondió al instante—. Y más maravilloso de lo que puedas imaginar.

—Rocío parecía flotar literalmente.

—¿Y qué ha hecho ya de tan especial?

—No lo sé. Nada. Todo. Él es especial.

—¿Y tiene nombre esa maravilla andante?

—Andrés.

Otra joven de rubia cabellera se unió a la conversación.

—¿Qué susurráis? —preguntó.

—Rocío ha conocido a un maromo.

—¡No me digas! ¿Y está bueno?

—Según Rocío, es el superhombre... Y resulta que lo ha conocido ayer. ¿Qué te parece, Vanessa?

—Sí que te das prisa, chica.

—Perdonad, pero yo estoy aquí. Estáis hablando sobre mi vida amorosa como si yo no estuviese presente —protestó.

—¿Y Alain? —preguntó Sofía. Sabía que debía introducir el tema, aunque hiriera a Rocío.

—Es un amigo, un buen amigo—contestó con voz serena.

—Pues no lo parecía la última vez que os vi juntos.

—Él piensa que somos algo más, pero no es así. Nunca ha sido así.

—¿Se lo vas a decir? —preguntó Vanessa.

—¿Crees que debo? —inquirió Rocío indecisa—. Todavía acabo de conocer a Andrés. Hay tiempo.

—No tanto si ya piensas acostarte con ese tal Andrés —repuso Vanessa.

—¡Vanessa! —le recriminó Sofía.

—¿Qué pasa? Tú también lo has pensado.

—Vanessa ha sido demasiado directa, pero tiene toda la razón. Alain cree que sois algo más, incluso algo así como novios. Piensa que tiene alguna posibilidad contigo. No puedes mandarle un WhatsApp y decirle que lo quieres mucho, pero que te casaste el día anterior. Tienes que hablar claramente con él, explicarle que no lo quieres como él te quiere a ti. Sé sincera con él, te lo agradecerá.

—No me gustaría dañarlo. Le tengo cariño.

—Mejor es quitar la tirita de golpe. ¿Estás segura de que no lo quieres un poquito?

—Le tengo cariño —repitió.

—¿Y no es amor? ¿No estarás confundida?

—No, solamente es una amistad.

—Si tú lo dices, Rocío. Lo quieres como a un perrito.

—No me creáis —se enfadó Rocío. Y se dirigió al vagón restaurante, le tocaba servir a los pasajeros en la cafetería.

Sofía y Vanessa se intercambiaron miradas. Rocío era veces tan inocente.

Un hombre joven se le acercó. Parecía casi un crío, no podía tener mucho más de dieciocho años, si es que los tenía.

—Sí, señor, ¿qué desea? —le preguntó con voz cansada.

—¿Tienen revistas de motor a bordo? Me estoy aburriendo un montón.

—No, señor, pero puede encontrar periódicos a la entrada de este mismo vagón.

—¿Periódicos? ¡Qué palo! Bueno. Si no tienen nada mejor. Ya que estoy aquí, ¿me puede servir un refresco? ¿O tienen algo más cañero?

—En la pared puede ver toda la oferta.

El joven se giró hacia donde indicaba Rocío.

—Se pasan un poco con los precios, ¿no? —se quejó el joven.

Rocío alzó los hombros, pero no respondió.

—Una de ginebra —pidió finalmente tras pensar un instante.

Rocío pensó en pedirle el carnet, dudosa si ese joven tenía ya la mayoría de edad, pero finalmente cambió de idea, así que se giró para buscar la botellita de ginebra. El joven, que era Lucas de nuevo, la siguió con la mirada, fijándose especialmente en sus curvas.

«Es tonta por dejar escapar a Alain. Andrés no la merece, estoy seguro. Alain es un gran hombre, estoy seguro de que puede llegar lejos si insiste. Por otro lado, Andrés es un rico creído, presumido e hijo de mamá. ¿Qué ha visto en Rocío? Es guapa, pero no creo que sea su tipo. Las debe preferir frías e impersonales, y Rocío no es de esas. Si tuviera esas cualidades ya no sería ella».

Rocío salió de la estación de Santa Justa con sus compañeras. Pasaba media hora de las nueve de la noche. Estaban en Sevilla y era abril.

—Chicas, Sevilla nos espera —murmuró Sofía.

—¿Quién ha dicho sueño? —preguntó Vanessa.

—Sevilla es única —añadió Rocío.

—Tú lo has dicho: única —dijo Vanessa.

Las tres rieron. Pensaban disfrutar de la ciudad andaluza hasta que no tuviesen más fuerzas. Disponían de treinta y seis horas. Treinta y seis horas para no pensar en hombres.

Pasearon por toda la ciudad y a las diez entraron en una taberna. Ya era hora de cenar alguna cosa. Y lo mejor era picar algunas tapas, elegidas entre las tres amigas.

—¡Y ahora, a divertirse! —dijo Sonia, al terminar de cenar.

Todas rieron al unísono. Salieron de la taberna y se dirigieron a una de las discotecas más de moda en la ciudad hispalense. Tres horas después habían pasado por cuatro discotecas. A las dos y media Sofía se mantenía serena, Rocío había bebido algo más, pero todavía sabía lo que hacía, y por último, Vanesa no podía ni caminar.

—Siempre bebes de más —le reprochó Sofía.

—¡Sí, jefa! —dijo mientras se tambaleaba. Sofía la agarraba.

Lucas las seguía a una discreta distancia. Seguía siendo el joven del tren. Ahora su nombre era Sergio. Lucas no entendía cómo ese joven había muerto a tan temprana edad. No parecía tener vicios. No sabía que se había suicidado con un cóctel fatal de barbitúricos a causa de una depresión.

Llegaron al hotel y se arrastraron hasta el ascensor. Sofía pulsó el botón para ir al tercer piso, era la única que veía los números con claridad. A las cinco de la mañana

las tres jóvenes dormían, dispuestas a seguir la marcha en cuanto repusiesen fuerzas, y eso sería tras dormir unas cuantas horas. Después podrían volver a salir hasta que tuviesen que volver al trabajo.

—¿Le ayudo, señor? —preguntó Rocío.

—Gracias, señorita.

—Si eres un niño —se le escapó inconscientemente.

—Tengo diecinueve años —protestó.

—Perdón, caballero —respondió seriamente Rocío.

Sergio se apoyaba en unas muletas. Rocío lo ayudó a acomodarse.

—¿Qué le ha pasado? Yo pensaba que usted se quedaría más tiempo en esta ciudad.

—Yo también, pero ocurrió un imprevisto. —Y señaló su pierna escayolada.

—Lo siento.

—Y yo.

Sergio era un joven rubio, de ojos verdes, algo gordo y bajo.

—¿Volverá a viajar con nosotros?

—Eso espero.

—Rocío, ¿ya has cerrado las puertas? —le preguntó Sofía.

—Sí, ya voy.

CAPÍTULO VII

—...Y después saldremos a cenar —estaba diciendo Andrés.

«¿Cuáles son tus verdaderas intenciones?», pensó Lucas.

Andrés la condujo hasta su coche, un Ferrari. Le abrió la portezuela y después de que ella se acomodase, se sentó al volante. Andrés iba de etiqueta y Rocío llevaba una falda larga negra y una blusa fucsia. De su brazo colgaba un bolsito de cuero negro.

—Estás bellísima.

—Gracias —respondió Rocío con las mejillas coloradas.

«¿No notas su tono de voz? Te miente», quería gritar Lucas.

En su interior oyó una voz. Cada vez que la oía sentía la necesidad de discutir con ella, aun sabiendo que discutía consigo mismo.

«Ella no entiende de tonos de voz», le dijo la voz.

«¿Qué quieres decir?», preguntó Lucas.

«Tú la traicionaste, ¿por qué no puede él engañarla?».

«No te entiendo».

«Te lo explicaré. Andrés solamente está haciendo lo que tú hiciste una vez».

«¿Yo? ¿Cuándo? Tú sabes de qué la conozco. ¡Dímelo!».

«No te lo puedo decir, tú lo sabes tan bien como yo, pues tú eres yo y yo soy tú. Un día recordarás. No voy a darte pistas».

Rocío salió del coche y Andrés la cogió del brazo. Entraron en un restaurante francés. Un hombre regordete se les acercó.

—¡Qué honor tenerlo entre nosotros!

—Gracias, Alex. —Y agachó la cabeza en señal de agradecimiento.

—¿La mesa de siempre, señor Álvarez?

—Sí, Alex.

Alex los guió hasta la mesa, después les entregó la carta.

—No hace falta —dijo Andrés—. Sírvenos lo mejor que tengas hoy. Lo dejo a tú elección. —Y dirigiéndose a Rocío—. ¿No te importa?

—No, Andrés. Como tú quieras.

Minutos después, volvía Alex con dos platos. Los colocó encima de la mesa al lado de una botella de vino francés que habían traído poco antes. Se alejó y esperó la respuesta de sus clientes. Pronto se alejó satisfecho. Por sus caras había sabido que los dos clientes estaban satisfechos.

Los dos comían en silencio. Andrés miraba de vez en cuando a Rocío. Lucas también la miraba.

Rocío seguía comiendo, pensativa. Andrés debía de estar esperando a que ella hablara, pero ella no parecía dispuesta a hacerlo. Acabaron el primer plato.

—No has bebido —le recordó Andrés.

Ella levantó la mirada como si volviera a la realidad y contestó.

—Me había olvidado. Qué descuido más tonto.

—¿En qué pensabas? —preguntó suspicaz.

—¿Yo? En nada.

Los dos hombres sabían que mentía. Andrés la miró fijamente, pero no pensó en repetir la pregunta. Al menos sabía cuándo callar.

—¿Te gustó?

—Sí, era exquisito. Este sitio es magnífico.

—Esos franceses cocinan de maravilla. En especial Alex.

Rocío volvió a su aire ausente. Su expresión se oscureció.

—¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien? No tienes buena cara.

—Creo que no, Andrés. Será mejor que me acompañes a casa. Estoy algo mareada.

—Claro, Rocío.

Ayudó a Rocío a ponerse la chaqueta, pagó la cuenta y la acomodó en el coche. Lucas, sentado en el asiento posterior, los miraba con cara de aburrido.

Media hora después Andrés la había dejado en el portal de su casa y se habían despedido con un casto beso en la mejilla. Ella había subido hasta su apartamento, se había duchado y se había acostado.

Hacia las tres de la madrugada Rocío empezó a murmurar un nombre en sueños. Su volumen de voz fue en aumento hasta llegar a ser un chillido. Después volvió a descender hasta el murmullo. Ese nombre era Alain, Alain, Alain, Alain...

—¿Qué te pasa? Te noto distante. Diferente.

—Nada, Alain.

—Te noto extraña, pero no sé qué es. ¿Qué te preocupa?

—No insistas más, por favor.

—Dejaré de insistir en cuanto me contestes, Rocío. —Si se lo proponía, podía ser muy tozudo.

—Ya te he contestado.

—Pero no creo lo que me has dicho —repuso Alain, terco.

—¿No crees en mí?—preguntó Rocío herida.

—Creo en ti, pero no en tu palabra.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó realmente interesada en la respuesta.

—Siempre confiaré en ti, pero puede haber algo o alguien que te influya y por eso no puedo fiarme de lo que dices.

—¿Qué quieres que te explique si no confías en mí? Llévame a casa.

Alain se encogió de hombros imperceptiblemente y susurró.

—Rocío.

—Llévame a casa, por favor —le suplicó.

Alain puso en marcha el coche y la condujo hasta el apartamento sin decir una palabra. Al llegar, cuando Rocío ya iba a bajar del coche, Alain la llamó.

—Rocío, ¿me perdonas?

Ella se volvió con una sonrisa en los labios, se acercó y lo besó en la boca. Ella correspondió.

—Adiós, francés —se despidió.

—Adiós —se despidió él con una sonrisa en los labios.

Rocío saltó del coche. Alain la vio caminar, entrar en el edificio y desaparecer. Pasaron los minutos, esperando sin saber qué. Solamente esperaba. Lucas lo observaba desde la acera, pero decidió no acercarse. Esperaba que Alain se marchase para subir al apartamento.

Cuando llegó arriba, Rocío estaba escuchando la radio. Se había cambiado de calzado, ahora llevaba unas zapatillas doradas. Estaba sentada en una silla de respaldo alto. No parecía enfadada, pero tampoco alegre, más bien pensativa.

Dos días después, Rocío conducía su coche hasta la estación de Sants. Ese día su tren salía a las tres de la mañana. Lucas, claro está, viajaba con ella.

Ahora era un hombre calvo, que todavía no había llegado a la media edad. Llevaba una maleta marrón colgando de la mano izquierda e iba vestido con un traje gris y camisa blanca. Su carnet de identidad estaba a nombre de Felipe Marcos, de Sevilla.

El tren salió con dos minutos de retraso sobre la hora prevista.

—¿Desea algo, señor?

—Nada, señorita...

—Rocío.

—Aviseme cuando estemos llegando a Segovia. Dormiré un par de horas.

—Sí, señor.

Rocío se alejó con el carrito. Lucas la miró con los ojos de Felipe, su nuevo anfitrión. Deseaba saber lo que pensaba, qué sentía, pero ahora no era el momento ni el lugar más adecuado. Tendría que esperar a estar a solas en su apartamento, ahora debía comportarse como un pasajero normal y corriente.

Dos horas después, Rocío se le acercó, aunque no era su trabajo ir despertando a los pasajeros.

—Señor, despierte —le decía Rocío mientras le tocaba levemente el brazo.

Felipe se removió inquieto. Le parecía oír una voz muy lejana.

—Señor, estamos entrando en la estación.

Felipe oía, pero se resistía a despertarse. Finalmente, entreabrió los ojos, bostezó disimuladamente y se restregó los ojos. Después la miró fijamente, tan fijamente que ella retrocedió asustada hasta el asiento gemelo del otro lado del pasillo, miró hacia la persona allí sentada y pidió disculpas entrecortadamente. Después volvió a posar su mirada en el señor Marcos.

—Perdone, no quise asustarla. No era mi intención.

—No, yo no debí asustarme.

—Todavía lo está. Tranquilícese, por favor.

—Lo haré, se lo prometo. Me asusté.

—Siempre me levanto con mala cara.

—Pero esos ojos... —dijo ella recordando lo que le había asustado.

—¿Qué ojos?

—No importa. He de abrir las puertas.

—¿Qué te ha pasado? —la preguntó una compañera.

—No lo sé, me asusté.

—¿De qué?

—De sus ojos. Sentí un escalofrío por la espalda.

El tren detuvo su marcha. Rocío y las demás azafatas abrieron todas puertas y el pasaje saltó al andén. La compañera siguió con la mirada al señor Marcos y vio cómo entraba en los lavabos. Se sentó en una de tantas sillas. Desde allí podía vigilar la puerta de los lavabos. Había conseguido que Rocío se sentase junto a ella,

aunque parecía sentirse molesta.

—Déjame ir, Carla.

—No, espera un poco. Después nos iremos a desayunar. Estoy hambrienta.

—Cinco minutos.

Diez minutos después, Felipe Marcos no había salido de los lavabos.

—¿Qué le pasa? —preguntó Carla—. ¿Qué puede hacer un hombre en un lavabo tanto tiempo? No tiene que maquillarse ni nada por el estilo. ¿Se estará afeitando?

—No parecía tener necesidad. Vámonos.

—Cinco minutos más, por favor.

—Cinco minutos, ni uno más.

Esperaron los cinco minutos.

Rocío había estado mirando el reloj cada veinte segundos. No habían acabado de pasar cinco segundos de los cinco minutos cuando dijo:

—Vámonos.

—Pero...

—Me lo prometiste.

—Sí, ¿dónde se habrá metido?

—Se habrá ido ya.

—No puede ser, lo hubiera visto.

—Quizás mientras hablábamos...

—No —denegó Carla con la cabeza—, lo hubiera visto.

Rocío se levantó y la miró insistentemente.

—Está bien, ya voy.

La compañera se levantó. Desconocían que Lucas estaba sentado a su lado. Su último cuerpo yacía sentado con los pantalones bajados. Las dos salieron de la estación hablando bulliciosamente, y una vez en el exterior, cogieron un taxi. Lucas se había sentado al lado del conductor, de rodillas, observando a las dos damas.

—Vamos a aquel restaurante, ya sabes.

—De acuerdo —dijo Rocío.

Sábado por la mañana. Las diez y media.

—Sé que es demasiado pronto, pero yo te quiero. No, te amo.

—Andrés...

—No me contestes ahora, primero quiero pedir tu mano a tu padre. Quiero hacer las cosas correctamente.

—No es necesario, Andrés. No me seas anticuado.

—¿Cómo que no? No sería jugar limpio. Cuando nuestra hija se vaya a casar, me gustaría que su novio se dignase a pedirme su mano.

—¿Nuestra hija? —Rocío rió con ganas—. ¿No corres mucho?

Andrés sonrió, pero su sonrisa no era alegre.

CAPÍTULO VIII

Lucas había decidido viajar A Coruña, así que se había colado en un vuelo. Tenía que ver a Alain, encontrar la manera de contarle todo.

Una vez en la ciudad fue hasta la casa del francés. En la esquina vio un kiosco. Lucas sabía que el día anterior Rocío se había comprometido, por lo que esperaba ver en las revistas del corazón la gran noticia. Con lo presumido que era Andrés estaba seguro de que había convocado una rueda de prensa. Y ahora que pensaba, un primo de Andrés trabajaba para la prensa.

Subió al cuchitril. Allí encontró a Alain trabajando en un cuadro nuevo. Revisó la casa. No había ni rastro de revistas recientes. No podía dejar una revista nueva sobre la mesa ni arrastrarlo hasta el kiosco. Solamente podía esperar, por lo que se sentó en el suelo, apoyado contra la puerta, pensando en la petición de mano de Andrés.

Ellos habían llegado a la casa paterna a las once y media. Rocío había llamado al despacho de su padre para que este volviera a casa antes. Una vez había llegado el padre, se sentaron los cuatro en la sala. Lucas, de pie junto a la puerta, los observaba críticamente. Andrés ni pensó en las palabras que iba a pronunciar.

—Señora y señor Martín, estoy deseando casarme con Rocío y deseo su aprobación.

Su padre carraspeó, parecía preocupado. Lucas notó cómo se alegraba, quizás el hombre se negaría, quizás tampoco le gustaba Andrés. Se le notaba tenso, al contrario que Andrés.

—Andrés, sé que eres un hombre de provecho y un buen chico, pero... antes de que te cases con mi única hija me quiero asegurar de que no desees el dinero de ella o de mi familia.

—Papá —exclamó Rocío dolida.

—Felipe, ¿cómo se te ocurre? Andrés proviene de buena familia.

Lucas la miró. Gregoria a favor de Rocío. ¡Qué raro! Nunca se habían llevado bien. Era más normal que se preocupara por el dinero y no por su hijastra.

—Lo comprendo, señor. Yo le probaré que no soy un interesado —contestó Andrés, siempre seguro de sí mismo.

Los tres miraron, pero no así Lucas. Andrés parecía un hombre tan formal que no podía responder de otra manera.

—Gracias, sabía que lo entenderías. —Volvía a ser el hombre tímido de siempre.

Las cuatro de la tarde. Alain no había pisado la calle en todo el día y Lucas debía volver con Rocío. No le gustaba dejarla sola en manos de ese tipo. Ni siquiera tenía nada en su contra, pero no le gustaba.

Se levantó del suelo. Caminó hasta Alain y se apoyó en él, después de pensárselo detenidamente. Había llegado el momento de escuchar sus pensamientos. Alargó el brazo y lo tocó, uniéndose así al joven.

«¿Qué pasa? ¿Qué ideas locas son esas? No quiero pensar, no. No puede ser. ¿Rocío con otro hombre? Es imposible... ¿Con quién? Pero si no hay nadie. ¿Cómo me atrevo a dudar de Rocío? Y entonces, ¿por qué no se casa conmigo? Cuando la vuelva a ver le pediré perdón por dudar de ella. He de volver a mi trabajo», pensó Alain, y movió la cabeza como si quisiese desechar los pensamientos impuros.

Lucas se separó de él. Lo miró unos instantes, ahora no podía ayudarlo más, él mismo no se dejaría. Decidió irse y volver a casa, donde debía estar. En un par de horas salía un vuelo de vuelta para Barcelona.

Tres días después, Rocío estaba en un parque paseando con Andrés. Parecían realmente felices.

—Rocío, yo sé que me quieres.

—Sí, te quiero. Y mucho.

—Entonces, casémonos ya.

—Pero ya has oído a mi padre.

—Sí, pero... ¿Qué importa más, tu felicidad o la de los demás?

—Sabes que estoy deseando casarme, pero mi padre me pide tan pocas cosas que...

—De acuerdo. Esperaremos —prometió.

«Falso», pensó Lucas.

—Te traeré algo de beber —se ofreció.

Andrés se alejó, cruzó y desapareció de la vista. Lucas decidió seguirlo. Vio como había entrado en un bar y pedía un par de refrescos. En la esquina, tomando un café, estaba Alain. Este se levantó y tocó el hombro de Andrés:

—Perdona, ¿por qué sale con Rocío? —No parecía enfadado, pero sí alerta.

Andrés lo miró de arriba a abajo y contestó.
—Yo salgo con quien quiero. ¿Quién es usted?
—Me llamo Alain, ¿no le recuerda a nada?
—No lo conozco.
—Soy el novio de Rocío —afirmó todavía sereno.
—Ella nunca me ha dicho que tuviese novio.
—Lo soy, ¿usted qué es para ella?
—Su futuro marido. La he pedido en matrimonio.
—¿Ha aceptado? —preguntó Alain con un ligero temblor en el párpado.
—Casi. Por otro lado, ¿qué le puede ofrecer usted que no le dé yo?
—La felicidad.
—Ja, ja, ja. —Se rio, aunque sin gracia.
—No se ría de mí.
—Eres un fracasado, se te nota. Aléjate de nosotros. Rocío no te quiere.
—¿Es que tiene miedo de la competencia? —preguntó Alain ya de nuevo sereno.
—¿Qué competencia?
—Prometo hacer todo lo posible para que Rocío te olvide.
«Muy bien, lucha», pensó Lucas.
—¿Qué quiere decir?
—Cruza y habla con Rocío. Dile que lo sabes todo.
Ni siquiera respondió. Cruzó seguido por un Lucas asustado.
—Hola, Rocío.
—Alain, ¿qué haces aquí? —Su respiración era acelerada.
—Vengo a verte.
—Lo siento, Alain —se excusó mientras miraba detrás de Alain.
—¿Esperas a alguien?—preguntó mordaz.
—¿Yo? No.
—¿Segura?
—¿Es que vuelves a dudar de mí? —Rocío había decidido atacar.
—No, ahora aseguro. ¿Quién es Andrés? —preguntó procurando dominar su párpado.
—¿Importa mucho? —respondió Rocío.
—¿Y me lo preguntas?
—No tengo nada que decir.
—Rocío, por favor, no me mientas.

—No lo hago.

—¿Quién te ha enseñado a mentir?

—Muy bien, Alain. No te metas con Andrés.

—Pues entonces habla.

—Sí, lo conozco. ¿Y qué?

—Sigue.

—No hay nada más. Bueno —repuso nerviosa—, hemos salido unas cuentas veces.

—Matrimonio —afirmó con una voz pastosa.

—¿De dónde has sacado esa idea?

Alain no se dignó a contestar, pero esperó y esperó.

—Me lo propuso —respondió tras un par de minutos.

—¿Y tú qué le has contestado?

—Que puede que sí, todavía no le he dado el sí —se defendió.

—¿Y yo qué? —preguntó con la misma voz pastosa.

—Adiós, Alain. —Ahora era Rocío quien dominaba la conversación.

—No seas tan dura, Alain no se lo merece.

—¿Adiós?

—Sí, vete.

—¿Así?

Andrés había llegado. Rocío se levantó y se agarró a él, después se besaron.

—¿Convencido? —le preguntó Andrés.

Alain lo miró con odio.

—Vamos, pégale.

Alain levantó el brazo, cerró el puño...

—¡Alain!

—Vamos, adelante —lo provocó Andrés.

—Lo haré si me provocas —prometió.

—Rómpele las narices.

—Lárgate, Alain —le gritó Rocío.

Alain la miró con ojos suplicantes, pero no le devolvió la mirada. Alain salió corriendo mientras a sus espaldas oía la risa de Andrés y el silencio de Rocío.

—Decídetes, por favor.

—No sé, Andrés...

—¿Por qué dudas? ¿A causa del francés?

—No, él no tiene nada que ver en todo esto.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Corres demasiado, eso es.

—A mí no me lo parece. No creo que sea necesario esperar.

—No, pero al menos dame unos días.

Ella se estaba duchando. Lucas, sentado en la taza del wáter, la contemplaba mientras se enjabonaba todo el cuerpo centímetro a centímetro. Después centró su atención en su cabellera de un color castaño caoba. Lucas sintió el impulso irrefrenable de entrar en la ducha con ella.

Se acercó de puntillas a pesar de que ella no lo podía ver ni oír. Colocó su mano derecha sobre el hombro derecho de Rocío y la miró con ternura. Ella se estremeció, pero no se movió, y él tampoco lo hizo. Después se retiró hasta una de las esquinas de la ducha y esperó que ella terminase de lavarse el cabello.

Al terminar, Rocío se dirigió a la cocina. Cogió un vaso adornado con cintas azules, lo colocó a un lado de la cocina. Acto seguido, abrió un armario superior y sacó un bote de chocolate en polvo. Salió de la cocina en busca de una cuchara de postre. Cuando volvió, abrió el bote, observó lo que quedaba y calculó. Después introdujo la cuchara y depositó tres cucharadas rasas de chocolate en el vaso. Después dejó la cuchara dentro del vaso y vertió leche hasta casi rebosar el vaso. Removió con la cuchara y se bebió el vaso de un único trago. Finalmente, con la cuchara, chupó todo el chocolate que había quedado en el fondo. Dejó el vaso y la cuchara en el fregadero y guardó la leche y el bote de chocolate en polvo.

Las once y cuarenta. Rocío iba a acostarse. Judith ya se había acostado media hora antes. Diez minutos después estaba en la cama, un cuarto de hora más tarde empezaba a dormirse y veinte minutos más tarde ya dormía boca abajo, como era su costumbre. Lucas se acercó a ella. Su respiración acelerada le indicó que estaba teniendo un mal sueño. Se sentó a horcajadas sobre las piernas desnudas de la joven, tapadas solamente hasta los tobillos. Rocío no soportaba dormir con los pies destapados. Su cuerpo estaba vestido con un escueto camisón que la cubría hasta la mitad de los muslos. Lucas colocó sus etéreas manos sobre las pantorrillas de Rocío ascendiente suavemente milímetro a milímetro por sus piernas, deslizándose bajo su camisola, ascendiendo después por sus caderas, su espalda, mientras su cuerpo se iba inclinando sobre ella hasta llegar a sus pechos. Se dejó caer completamente sobre Rocío. Sus manos seguían aparcadas en el pecho de ella. Con sus piernas aprisionó las piernas de ella, entrelazando sus tobillos.

Lucas comenzó a masajearle los pechos con movimientos circulares, muy

lentamente. Se agachó arrimando sus labios al oído de Rocío.

—Duerme, princesa —le susurró repetidamente.

La respiración, antes alterada de Rocío, se relajó. La pesadilla estaba desapareciendo. Lucas modificó su masaje, incluyendo ahora el vientre. Un leve gemido emergió de la garganta de Rocío.

—Sigue durmiendo, princesa —le dijo al oído.

Ella se removió como si se fuera a despertar. Lucas volvió a colocar las dos manos sobre el pecho de Rocío, incrementando su masaje. Rocío volvió a gemir repetidamente. Lucas dejó caer su cabeza sobre la cabeza de Rocío. Finalmente, detuvo sus manos, entrelazándolas bajo el pecho de Rocío. Sus piernas seguían aprisionando las de ella.

CAPÍTULO IX

- Sí —dijo Rocío escuetamente. Solamente era necesaria una palabra.
- ¿Qué has dicho? —inquirió Andrés como si no la hubiese escuchado bien.
- Que sí.
- Repite, por favor. No lo entiendo. ¿Sí a qué?
- Sí a tu pregunta —amplió Rocío su respuesta.
- ¿Lo dices en serio? ¿No será una broma?
- Y tanto que sí.
- ¿Qué, es una broma?
- No, bobo. Que me caso contigo.
- Nos casaremos lo antes posible.
- ¿El sábado?
- ¿Por qué tienes tanta prisa ahora? Primero me has pedido tiempo y ahora me sueltas lo del sábado. ¿Estás segura?
- Comprendí que tenías razón. No hay por qué posponerlo.
- Eres maravillosa, Rocío. Pero el sábado es demasiado rápido, no tendremos tiempo para organizarlo todo. ¿Te parece si nos casamos en tres meses? Yo me encargo de todo.
- Lo antes posible, Andrés. No quiero esperar más.
- Andrés la abrazó fuertemente, después se besaron largamente, demasiado largamente según la opinión de Lucas.

Rocío había vuelto a casa. En el buzón encontró una carta de Alain. La cogió y subió a su apartamento. Una vez en el mismo dejó la carta sobre el aparador, se cambió de ropa, la volvió a coger y se sentó en el sofá contemplando silenciosamente el sobre que había depositado en la mesa de cristal. No sabía si abrirlo o no. De vez en cuando alargaba el brazo, pero lo volvía a recoger molesta consigo misma. Cerraba la mano convirtiéndola en un puño, y después otra vez en una palma. Finalmente, alargó el brazo y antes que pudiera retirarlo, cogió el sobre,

lo rasgó y de su interior sacó un papel doblado tres veces y un colgante. El colgante lo dejó en el suelo, pero no así el papel. Este lo abrió y lo leyó con rapidez y también, por qué no decirlo, con lágrimas en los ojos, aunque mantuviese una sonrisa seca y una actitud fría.

Querida Rocío:

Sé que me has echado de tu vida, pero yo no deseo irme. Te amo a pesar de todo lo que ha pasado. ¿Por qué me has abandonado si todo nos iba tan bien? ¿Qué influjo maléfico ha ejercido ese Andrés sobre ti? Por favor, respóndeme. Escríbeme, aunque sea una carta más, creo que me merezco una explicación.

Te hago una promesa: no me rendiré tan pronto, no hasta que te vea casada con mis propios ojos.

Por favor, vuelve conmigo.

Alain.

Rocío leyó la carta dos veces y después la tiró a la basura. Nunca le había gustado guardar la correspondencia. Acto seguido, cogió el colgante y leyó la inscripción en la parte trasera del mismo: “Mi amor”. Lo depositó en un cajón de poco uso y después lo cerró suavemente. A continuación, cambió sus zapatillas de estar por casa por dos zapatos y cogió el abrigo. Por su expresión, Lucas supo que se estaba despidiendo de una parte de su vida.

Rocío y Judith descansaban del ajetreado día sentadas en el sofá. Judith, atenta a una película de crímenes y Rocío repasando viejos álbumes de fotos. Esa mañana se había despertado con la sensación de que había soñado y ese sueño le había despertado el deseo de ver viejas fotografías.

—Judith, tengo una noticia que darte —comenzó Rocío.

—¿Tiene que ser ahora? Están a punto de coger al asesino —protestó Judith con una mano llena de palomitas camino de su boca.

—Me caso —soltó.

Judith tosió, escupiendo las palomitas que se acababa de meter en la boca.

—¡¿Qué?! —atinó a preguntar finalmente.

Rocío rio nerviosa y contestó.

—Has oído bien. Me caso. En tres meses.

Judith miró el calendario, en tres meses su compañera de piso se casaba. Eso sería hacia junio.

—¿No estarás...? Ya sabes.

—No, no es eso.

—Entonces, ¿por qué las prisas? Tampoco me has dicho quién es él. ¿Te casas por fin con el francés?

—No es con él con quien me caso.

—Entonces... ¿con quién? ¿Lo conozco?

—No lo conoces, se llama Andrés.

—¿Y cómo es que nunca lo has traído?

Rocío no respondió al instante. Realmente no sabía por qué Judith y Andrés nunca habían coincidido.

—Sí que ha estado aquí..., pero tú no estabas.

—Pues ya es casualidad. ¿Cómo es?

—Perfecto. —Rocío no encontraba otra palabra para describirlo.

—¿Perfecto?

—Exacto, perfecto.

—No hay nadie perfecto, Rocío —sentenció—. Tú deberías saberlo, recuerda lo que te pasó ya una vez —dijo señalando una fotografía donde una Rocío unos cuantos años más joven salía abrazada a un joven algunos años mayor que ella—. También creías que él era maravilloso.

—Andrés es diferente. Además, antes yo era una niña y ahora ya no soy una mujer. No es lo mismo, Judith.

—¿Y te ha pedido que corráis tanto? ¿Por qué tiene tanta prisa?

—No, he sido yo. Me he cansado de dudar siempre. Siempre dudo. Si he conocido al hombre de mis sueños, ¿por qué voy a esperar? No tiene sentido esperar.

«Por favor, Rocío, no te cases», suplicaba Lucas.

Pero ella no escuchaba. No lo podía escuchar por mucho que Lucas gritase.

A mediados de junio.

—Papá, me he casado —anunció Rocío sin medir las palabras.

—¿Por qué has desobedecido a tu padre? —la recriminó Gregoria.

—Cállate, tú no tienes nada que ver conmigo.

—No le hables de ese modo, niña. —Su padre parecía en verdad enfadado.

—Lo siento, papá.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque lo amo, ¿por qué sino? —respondió sabiendo que esa era su verdad.

—¿Y estás segura de que él te ama?

—Claro que sí. Él no va tras mi dinero —afirmó con total seguridad.

—Querido, no te enfades con ella —intervino Gregoria—. Están enamorados, no se puede remediar. Así es el amor.

Las dos mujeres se miraron. El padre las miraba a las dos como si no creyese lo que había oído.

—Sí, Gregoria tiene razón. Soy feliz, eso es lo que importa. Andrés es lo bastante rico como para no preocuparse por mi dinero.

—Bueno, lo hecho, hecho está...

—Gracias, papá...

«Idiota», dijo Lucas.

—Pasa, Andrés, todo está arreglado.

Andrés entró en la habitación con su aplomo habitual.

—Gracias, señor.

—Bueno, ya eres de la familia. Pero podías habernos invitado.

—Preferimos una boda íntima.

—Pero somos la familia de la novia.

—Andrés se sentía triste, recordaba a sus padres, las ganas que tenían de verlo casado. Entonces decidió que tampoco vinierais a la boda. Si sus padres no estaban, los míos tampoco.

—Sí, así es —dijo Andrés—. Solamente pensaba en ellos.

«Qué mentiroso», comentó Lucas.

—Es tan sensible —comentó Gregoria, secándose una imaginaria lágrima con el pañuelo.

«¿Por qué lo alaba? No va de acuerdo con su carácter», pensó Lucas.

—La comida está servida —anunció Jaime.

Las dos mujeres se agarraron a sus respectivas parejas. Parecía ciertamente una feliz estampa familiar. Rocío se sentía feliz, acompañada por los dos hombres más importantes de su vida, y la presencia de Gregoria era solamente una pequeña mancha.

Andrés y Rocío estaban en la mansión del primero. Rocío pensaba en conocer la casa palmo a palmo.

—Es hermosa.

—Ahora es tu casa. Aquí seremos felices.

—Sí, lo seremos.

—Vamos a ver tus habitaciones.

—Pero dormiremos juntos.

—Claro, amor —se apresuró a afirmar—. Pero quizás quieras tener un espacio para ti.

—No sé para qué —repuso y después, para cambiar de tema, preguntó—. ¿Cuántos criados hay en la casa?

—Seis —respondió y añadió—: doncella, cocinera, criado, mayordomo, chófer y jardinero.

—¿Nadie más? —Sorprendida por el alto número. En casa de su padre solamente eran tres.

—Cuando mis padres vivían, teníamos más, pero los despedí al quedarme solo. Eran demasiados. Ahora tendré que contratar una criada más, una que cuide de tus necesidades.

—No hace falta, Andrés.

—Eso no se discute, amor.

Rocío calló. Si ese era su deseo, no pensaba disuadirle, aunque consideraba que era un gasto innecesario.

—Andrés —dijo rato después.

—¿Qué?

—¿Por qué nunca me hablas de tus padres? Me gustaría saber más de ellos. Ni siquiera me ha enseñado una buena fotografía.

—Solamente te diré una cosa, solamente una, y únicamente porque ahora estamos casados.

—¿El qué? —preguntó curiosa.

—No eran mis padres. —Un minúsculo fuego brillo en sus ojos.

—¿Qué quieres decir?

—No es tan difícil de entender, mujer. No eran mis padres naturales.

—Entonces, ¿quiénes son tus padres? ¿Viven? ¿Dónde están?

—Eso no importa —respondió con frialdad—. No volveremos a hablar de este tema. ¿Entendido?

Rocío apretó una de las manos de su recién estrenado marido.

—Como quieras, veo que es demasiado doloroso para ti. No volveré a sacar el tema, tenlo por seguro.

Lucas escuchó atentamente la conversación y pensó:

«¿Será acaso ese su punto débil?».

Rocío siguió a Andrés hasta sus habitaciones. Lucas iba detrás.

—¿Vamos? —preguntó Andrés todo sonriente.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Todavía no hemos estrenado el matrimonio. Eso es imperdonable.

Rocío deslizó su vestido hasta el suelo, dejando su cuerpo cubierto únicamente por un sujetador y un culotte a juego. Andrés se despojó de su ropa hasta quedar solamente con su slip. Después se acercó a Rocío y la besó en la comisura de los labios repetidamente. La empujó contra la pared. Ella respondió entreabriendo los labios. Él introdujo su lengua y comenzó a jugar con la lengua de Rocío. Su mano derecha se deslizó bajo el sujetador. Su mano izquierda se sumergió entre las piernas de ella, quien emitió un gemido gutural cuando sintió como uno de sus dedos se introducía en ella. Andrés comenzó a mover el dedo rítmicamente. Ella se sintió aprisionada por la poca ropa que llevaba.

—Por favor, Andrés —suplicó.

Andrés colocó su mano derecha sobre la espalda de Rocío, arrimando aún más sus cuerpos, mientras que con su mano derecha continuaba masajeando su clítoris.

—Acuéstate —le ordenó.

Rocío obedeció sin dudar. Se dejó despojar de la poca ropa que le quedaba, después Andrés se desnudaba completamente. Ella lo miró suplicante, esperando que continuase. Él no se hizo de rogar. Comenzó a besarle los pechos mientras su mano izquierda volvía a su primera posición, introduciendo sus dedos aún más profundamente que antes y moviéndose a un ritmo superior.

—Andrés —gemía Rocío.

Andrés colocó su cuerpo sobre el de Rocío. Su miembro viril estaba preparado. Apartó su mano. Era el momento de introducirse en ella completamente. Empujó suavemente, notando cómo la penetraba. Ella gimió, mordiéndose los labios. Ahora eran uno.

CAPÍTULO X

Una semana después, Lucas había decidido visitar a Alain. Quería ver cómo se encontraba después del batacazo emocional.

Llegó a la casa de Alain. Subió y lo encontró pintando, como siempre. Eso nunca cambiaba. Pero había un problema. Su pintura había sufrido un cambio. Antes sus obras habían expresado la alegría de la vida, todo eran colores cálidos. Ahora parecía expresar la tristeza de vivir, todo era colores grises. Parecía pintar el negativo de sus antiguos cuadros. Las dos caras de una misma moneda.

Lucas lo observó mientras trabajaba. A su lado había un trozo de pizza sin probar. Tampoco había bebido, una lata de cerveza esperaba a ser abierta. Parecía más delgado que un mes antes, la última vez que lo había visto. Casi no debía de comer. Se estaba matando.

«No esperaba que estuviese tan mal. He de hacer algo o se suicidará. Si lo hace, ¿quién me ayudará?», pensó Lucas.

Se acercó a Alain y dejó su mano izquierda sobre su hombro derecho, cerró los ojos y se concentró, introduciéndose en los pensamientos de Alain:

«Te amo, te amo, te amo», pensaba Alain.

«¿Es que no puedes pensar en otra cosa? Ella te dejó por otro. ¿No lo comprendes?», le dijo Lucas, aun sabiendo que él podía oír los pensamientos de Alain, pero que no era recíproco.

Al final del verano.

—Has tenido una gran idea, Andrés.

—Sabía que te gustaría, cariño.

—Tienes razón, me encanta. Piensas en todo, no sé cómo lo haces.

—¿Es de tu gusto?

—Sí, es un apartamento perfecto para una pareja de recién casados. Muy chic.

—Ya no somos unos recién casados.

—Lo seremos hasta dentro de dos años, por lo menos.

—Por lo menos —repitió Andrés.

Los dos estaban en un apartamento en el centro de la ciudad. Andrés había decidido dejar la casa de sus padres y vivir solos, sin criados, al menos una buena temporada. Y Rocío era feliz con esa decisión. Prefería no tener a otras personas pululando a su alrededor. Con Andrés le sobraba.

Lucas también estaba. Para él la idea había sido solamente de Andrés. La había convencido para apartarla de las miradas y comentarios de los criados. No tenía ninguna prueba, nada con qué probarlo, pero sí sospechas.

En estos tres meses de matrimonio, Rocío había sido extremadamente feliz. Andrés se portaba como un marido modelo, sin agobiarla a pesar de que ella pasaba varias noches fuera de casa debido a su trabajo de azafata. Le dejaba su espacio y accedía a todos sus caprichos. Andrés era amable, sensible, gracioso, sin contar que era un amante maravilloso.

Alain había pensado en volver a Francia para olvidarla. Durante esos meses de verano había vuelto a París, pero al llegar septiembre de nuevo se encontraba en A Coruña. Allí se sentía como en casa. Ese era su hogar.

Tampoco había conseguido olvidarla, quizás lo mejor no era huir, sino hablar con ella. Cogió el móvil y marcó el número de Rocío. Esperó, pero Rocío no descolgó. Alain se apuntó mentalmente intentarlo más tarde.

Al llegar a su casa se dirigió a la portería más cercana a mano derecha y llamó a uno de los pisos. Un minuto después subía las escaleras hasta un primer piso.

—Hola, ¿cuándo has llegado? —le preguntó la vecina.

—Ahora mismo. ¿Me da las llaves?

—Claro, las tengo en la cocina. Pasa y siéntate mientras voy a buscarlas.

Alain se acomodó. Tres minutos después la vecina, ciega de nacimiento, volvía con sus llaves.

—¿Qué tal el viaje?

—Muy bien.

—¿Es bonito aquello? Nunca he estado en París.

—Sí, pero ya no lo siento como mi hogar. Para un tiempo corto está bien.

—Pero no pierdas tus raíces.

—Debo irme, estoy deseando llegar a mi casa y dormir. Estoy cansado. ¿Todo bien estos días?

—No te preocupes, todo está bien. Por cierto, ¿sabes que te dejaste la ventana de atrás abierta?

—¿De verdad? ¿Pasó algo?

—No, por suerte la cerré antes de que cayera aquella tormenta.

—Sí, también llovió por allí. ¿Y esa joven que te visitaba tanto? Hace tiempo que no se pasa por aquí. ¿Os habéis peleado?

Alain la miró con pena. Ella no sabía nada, desconocía que le había roto el corazón.

—Y no volverá. Se casó hace tres meses.

Alain abrió la puerta para salir.

—Espera, toma esta tortilla de patatas y esta fruta, necesitarás comer algo.

—No se moleste...

—No es molestia, tengo demasiada fruta en casa y se me está estropeando.

—Gracias —dijo tímidamente.

—Vamos, vete. —Y lo empujó hacia la salida.

Andrés subió las escaleras hasta el último piso y entró en el suyo. Todo estaba tal y como lo había dejado, si exceptuaba una ligera capa de polvo sobre los muebles y el olor a cerrado.

Depositó los comestibles sobre la mesa y la maleta sobre la cama. Después se quitó la chaqueta y la gorra y se dispuso a comer. Tenía hambre, en el fondo siempre tenía hambre.

—Adiós, volveré esta noche.

—¿A dónde vas? —le preguntó Andrés restregándose los ojos.

—¿Qué pregunta es esa? A la estación.

—No vas.

—Pero he de ir. Mi tren sale a las ocho de la mañana.

—No vas —dijo—. No volverás a ir nunca más.

—¿Qué quieres decir? —preguntó todavía de pie—. No puedo faltar.

—Faltarás. Vuelve a la cama.

—No, ¿cómo se te ocurre? —Y se agachó para calzarse.

—Te he dicho que vuelvas a la cama —le ordenó.

—Andrés, ¿qué te pasa? —No se había calzado.

—Vuelve a la cama —repitió como un loro.

—Andrés.

—¡Te he dicho que te acuestes! —gritó furioso.

Rocío lo miró, asustada, pero obedeció, echándose vestida en la cama.

—Así me gusta. —Y la besó.

—Ahora no, Andrés.

—¿Por qué? —preguntó con un deje de rabia.

—¿Qué te ha pasado? Nunca me has hablado así.

—He decidido que no vuelvas a trabajar. No necesitas trabajar.

—Pero me gusta. No puedo dejar así como así mi trabajo. Además, me esperan.

—Pues que esperen.

—Déjame llamarlos. Les diré que estoy enferma.

—No.

—Por favor, Andrés.

—Pueden arreglárselas sin ti.

—Por favor.

—Duerme —le ordenó con una voz que no admitía discusión.

—No tengo sueño. —Y se sentó en la cama.

Andrés la cogió del brazo y la obligó a estirarse.

—Me haces daño —se quejó Rocío.

—Pues no te muevas. Es temprano.

—Estoy desvelada.

—Da igual, descansarás.

Andrés se dio media vuelta. Minutos después parecía haberse dormido de nuevo. Rocío lo observaba con detenimiento. No entendía qué había pasado. Él siempre había sido el perfecto compañero. Sintió como si no lo conociese. Después cerró los ojos intentando no dar excesiva importancia a lo ocurrido y creyendo que solamente tenía un mal día.

A las ocho se levantaron para desayunar. Rocío preparó el desayuno para los dos.

—Asqueroso —dijo Andrés.

—¿Qué? —Ella no podía creer lo que había oído.

—Cada día cocinas peor. ¿Por qué no reconoces que no sabes? A partir de hoy comeré fuera.

—Pero, Andrés.

—No llores, no es para tanto. Al menos sabrás preparar un café.

—Sí... Claro...

Lucas se le acercó y dejó su mano sobre su hombro. Sabía que ella no lo notaría, pero la quería consolar. Estaba seguro de que el gesto serviría para algo. Miró hacia Andrés con rabia mal disimulada. Dejó a la chica y se le acercó. Deseaba matarla por herirla.

—Has tardado.

—Lo siento.

—Por tu culpa llegaré tarde.

—Perdona.

«Él es el que debe pedir perdón», pensó Lucas.

—Mañana esmérate más —dijo mientras abría la puerta—. Adiós.

Rocío esperó a que se cerrase la puerta y se derrumbó en una silla sollozando, pero rápidamente se secó las lágrimas con el revés de la mano y cogió el teléfono.

—Papá.

—¿Qué te pasa? —preguntó raudo.

—Nada. Necesitaba oír tu voz.

—Algo te pasa.

—Solamente quiero almorzar hoy contigo.

—De acuerdo, espérame en el restaurante de tu madre a las doce.

—A las doce, papá.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, papá. —Y rio intentando parecer sincera.

Después colgó, se vistió y realizó las distintas faenas de la casa. Lucas, sentado en una de las sillas, observaba cómo lo hacía. Cuando ella había acabado salió a la calle y en la misma esperó a que ella apareciese. No podía tardar mucho, el reloj marcaba las once y cuarenta. Tres horas después volvía.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Andrés cuando ella todavía no había cerrado del todo la puerta.

—Con mi padre —contestó asustada.

—¿Y quién te dio permiso para salir de esta casa?

—¿Desde cuándo he de pedir permiso para estar con mi padre?

—Desde ahora.

—Ya entiendo, estabas preocupado por mí.

—¿Por ti? —preguntó de la manera más hiriente posible—. No te ilusiones.

—La próxima vez te dejaré una nota.

—No volverás a hacerlo.

—Pero, Andrés, es mi padre.

—Me da igual. Tú no vuelves a salir sin mí.

—Eso no es justo —protestó mientras se acomodaba y se quitaba los zapatos.

—Me da igual si es justo o no —afirmó Andrés.

Rocío lo miró con desespero, pero no añadió una palabra más.

Lucas había observado toda la pelea anterior, pero no había intervenido. A pesar que de que hervía por dentro, no podía intervenir físicamente, no mientras estuviese en su forma fantasmal.

A las ocho la pareja cenó. Él parecía seguir enfadado. Ella no hablaba, sino que jugaba con la comida en silencio.

Andrés entró en la cocina y se preparó un vaso de agua. Ella siguió sentada. Su plato estaba casi intacto. Cuando Andrés volvió, miró el plato. Rocío negó con la cabeza, se levantó y lo dejó en la cocina. Él tiró la comida a la basura y ella lo increpó.

Andrés se dio la vuelta, se dirigió a la puerta y salió dando un portazo.

CAPÍTULO XI

Lucas la observaba mientras dormía. Había decidido quedarse hasta que él volviese, no le gustaba dejarla sola, aunque nada podía pasarle mientras dormía. De vez en cuando miraba el reloj situado sobre la mesilla de Andrés. Los minutos transcurrían pausadamente, aunque para él el tiempo ya no existía.

A la una de la mañana oyó cómo Andrés introducía la llave en la cerradura y se abría paso al interior. Después escuchó unos pasos lentos, sigilosos, como los de un zorro al acecho, hasta que lo vio entrar en la habitación matrimonial. Andrés atravesó el cuerpo de Lucas y se paró a los pies de la cama matrimonial. Lucas se sintió asustado, creyó que se le había parado el corazón, aunque tal cosa era ya imposible, a causa de la impresión que le había causado el paso de Andrés a través de sí mismo. Y es que en ese breve espacio de tiempo, tan corto que no llegaba a los dos segundos, Lucas había podido ver el interior de Andrés.

Mientras tanto, Lucas se recuperaba de la impresión, Andrés miraba a la dormida Rocío, quien, ajena a lo que pasaba a su alrededor, seguía en el mundo de los sueños.

Andrés se sentó en la silla que antes había ocupado Lucas para desatarse los zapatos y quitarse los calcetines. A continuación, se levantó para desabrocharse el pantalón, y tras quitárselo, lo dobló perfectamente y lo dejó sobre el respaldo de la silla. Después se desprendió de la camisa, depositándola encima del pantalón. Por último se quitó el slip, dejándolo tirado en un rincón. Ya desnudo abrió el último cajón de su mesilla, un cajón siempre cerrado con llave, y sacó un pequeño neceser que depositó sobre la cama, en una esquina. Después tiró de la sábana, destapando a Rocío, quien únicamente se movió para quedarse boca abajo. Andrés la miró con fría rabia.

—Es hora de darte una lección —farfulló entre dientes.

«¿Qué piensa hacer?», pensó Lucas.

Andrés alargó la manó hacia el neceser, sacando del interior una cuerda. Con unos rápidos movimientos la ató por los tobillos. Después se sentó sobre las pantorrillas de Rocío, quien se movió levemente hasta abrir los ojos a duras penas.

—¿Andrés? —preguntó con voz soñolienta—. ¿Qué pasa? ¿Qué haces?

—Pronto lo sabrás, querida —respondió mientras se sentaba sobre ella, entonces, sin mediar palabra, la cogió por uno de sus brazos y, antes de que ella pudiese reaccionar, por el otro. Después se los juntó a la espalda, atándolos con otra cuerda.

Rocío, ya despierta por completo, tiró de las cuerdas intentando en vano desatarse.

—Si continúas moviéndote, acabarás lastimándote, querida. Y no será culpa mía.

—Andrés, no sé si me gusta este juego tuyo.

—Querida, te equivocas, esto ya no es juego.

Sacó entonces un largo pañuelo del neceser, se lo enrolló alrededor del cuello y comenzó a tirar tanto hacia la derecha como hacia la izquierda ante la desesperación de Rocío, que le estaba faltando el aire. Abrió la boca para intentar respirar. Se removió intentando librarse de las ataduras. Tiró de los brazos, de las piernas, pero solamente conseguía apretar más las cuerdas. Andrés estiró aún más hasta que sintió que ella había dejado de luchar. Entonces aflojó la presión y tras descansar un par de minutos, desató los brazos de Rocío, la giró boca arriba y le quitó la camisola. A continuación, la sujetó por sus brazos, los alzó sobre su cabeza y los ató a la cabecera de la cama, dejándolos a la altura de su cabeza. Después la despojó de su braguita, dejándola a la altura de sus tobillos, todavía atados. Tras pensarlo unos segundos, los desató, sujetándolos de nuevo, pero esta vez por separado, uno a cada esquina de la cama. Entonces, se sentó en el único sillón de la habitación, dispuesto a esperar lo que hiciese falta.

Rocío despertó finalmente. Asustada.

—Por fin has vuelto conmigo, querida —le dijo Andrés—. Esto solamente acaba de empezar, lo de antes solamente ha sido la presentación. Nos queda una larga noche por delante.

—¡Andrés! ¡Suéltame!

—No, querida, no tengo la menor intención de soltarte, no por esta noche.

Se acercó a la cama con pasos lentos. Rocío, de nuevo, intentó librarse de al menos una de las cuerdas.

—¿Por qué lo haces? —preguntó Andrés—. No lo conseguirás.

Lucas miraba impotente. ¿Qué hacía él allí? ¿Para qué servía su presencia?

—¿Para qué me traéis aquí? ¿Qué clase de tortura es esta? Esta no puede ser la prueba para decidir si mi alma es buena o mala. ¿Qué clase de mala sombra la ha ideado? —gritó empuñando el etéreo puño hacia el cielo.

Andrés se sentó entonces sobre el bajo vientre de Rocío. Agachándose sobre ella, estiró los brazos para coger de nuevo las puntas del pañuelo, que seguía todavía atado alrededor de su cuello. De nuevo, como minutos antes, volvió a estirar el pañuelo hasta que sintió que ella se abandonaba y entonces soltaba, unos breves segundos, dejándola recuperar el aliento por un breve espacio de tiempo para volver a apretar a continuación. Así una y otra vez. Una y otra vez, cada vez dejándole menos tiempo para recuperarse hasta que finalmente dejó de apretar. Rocío tosió repetidamente, mirándolo con los ojos desenchajados por el miedo.

—¿Te lo pasas bien, querida? —preguntó irónico.

Rocío comenzó a llorar. Hasta entonces no había tenido tiempo.

—No llores, no te servirá de nada llorar. Deberías saberlo ya.

Se acostó sobre ella, con las manos cogidas firmemente al pañuelo que continuaba atado al cuello de Rocío. Entonces tiró de él hasta desatarlo. Lo dejó caer en el suelo.

—Vamos a cambiar ahora, querida. Te tengo una nueva sorpresa —dijo sacando un collar.

Un minuto después adornaba el cuello de Rocío.

—¿Te gusta? Lo he comprado especialmente para ti. Cuando lo vi, pensé al instante que te quedaría de maravilla en ese perfecto cuello.

Andrés lo había dejado de tal manera que Rocío notaba el cuero contra su piel, pero no le molestaba. Y entonces le apretó un agujero, acercándolo más a la piel de Rocío. Y otro más, hundiéndolo más. Rocío volvió a respirar entrecortadamente, pero Andrés no lo volvió a aflojar, pues así era como la quería, justo en el límite entre la vida y la muerte.

Se volvió a acomodar sobre ella, apretando su cuerpo contra el suyo, notando cómo a ella le faltaba cada vez más el aire. Sintiendo cómo se sentía morir. Le pellizcó los pezones con violencia. Ella intentó gritar en vano. No podía.

—¿Vas entendiendo, amor?

Ella no intentó responder. Era inútil.

Finalmente, ella volvió a desmayarse. Entonces, Andrés aflojó el collar un agujero, se colocó sobre Rocío, entre sus piernas, para después introducir dos de sus dedos en su interior, moviéndolos rítmicamente hasta sentir que ella reaccionaba. Nuevas lágrimas mojaron el rostro de Rocío, pero Andrés pareció no verlas. Continuó con sus dedos dentro de Rocío, con un movimiento cada vez más violento. Con la otra mano sujetaba la cadena que estaba atada al collar.

Entonces, al verla ya despierta, tiró de la cadena, obligándola así a levantar levemente la espalda de la cama.

—¿Te está gustando?

Ella no respondió. No tenía fuerzas para luchar. Él continuó atormentándola, no dejándola descansar ni un segundo hasta que finalmente extrajo los dedos. Ella respiró aliviada, pero asustada de lo que podía venir a continuación.

—A partir de hoy, las cosas serán diferentes —le dijo Andrés echado a su lado boca arriba—. Te enseñaré a obedecer, amor.

Y mientras tanto, Lucas seguía de pie a los pies de la cama. Había visto toda la violencia desatada por Andrés, pero no había podido evitarla. Había gritado sin que nadie le hiciese caso. Había intentado liberar a Rocío de sus ataduras. ¡Qué iluso era todavía! Había probado a golpear a Andrés. Pero todos sus intentos habían sido fracasos. A su pesar, él no podía hacer nada. Únicamente observar. ¿Cómo podría así superar la prueba?

Minutos después, Andrés dormía plácidamente mientras Rocío seguía atada la cama, ya sin el collar y los ojos abiertos mirando el techo. Esa noche había conocido a otro Andrés, un Andrés salvaje y déspota.

Nuevas lágrimas cayeron por sus mejillas, lágrimas que le recordaban que ese hombre que tenía acostado a su lado, durmiendo como si nada hubiese pasado esa noche, era su marido, la persona por la que había dejado a Alain.

CAPÍTULO XII

Las diez de la mañana. Alain iba en el avión camino de Barcelona. Desde hacía días, semanas, no había podido comunicarse con Rocío y se sentía tan preocupado como culpable. Debía saber si se encontraba bien, decirle que ella todavía contaba con él.

Una vez en Barcelona, se dirigió al único sitio donde podía obtener algo de información: el antiguo piso de Rocío. Judith seguía ocupándolo, ahora con una compañera.

—No, no sé dónde vive ahora —estaba diciendo Judith.

—¿No tienes una pequeña idea?

—No, nunca me ha invitado. Tan amigas que éramos y ahora me ha olvidado.

—Rocío no haría eso, sois buenas amigas.

—Éramos, esa es la palabra correcta. Ya no sé nada de ella. La única información que tengo es que se trasladaron a la parte alta, pero no sé el barrio. Vuelve a tus pinturas. Búscate a otra, es lo mejor que puedes hacer. No seas tonto.

—No me digas eso. ¿Has hablado hace poco con ella?

—Ya te he dicho que no hablamos. Desde que se casó creo que solamente hemos hablado en dos ocasiones.

—Entonces desconoces por qué abandonó su empleo. Sofía me lo dijo.

Judith lo miró sorprendida.

—Es la primera noticia. No tengo ni idea. ¿Y eso? Le encantaba.

—Es una de las cosas que he venido a averiguar si consigo dar con ella.

—No... —comenzó pensativa.

—¿Qué pasa? ¿Alguna idea?

—Estoy recordando —reconoció por fin—. Rocío nunca me dijo a dónde se iban a vivir, pero... Espera, te lo apuntaré en un papel; creo que lo poco que me dijo te servirá de ayuda.

—Gracias.

Judith sonrió y él le dio un beso paternal en la frente. Ella lo miró con descaro, pero no dijo nada. Lo dejó marchar...

Alain daba vueltas por la ciudad, gastando el dinero en taxis y transportes públicos. Cada vez se le veía más desesperado. Las horas transcurrían y el francés había comido únicamente un bocadillo de jamón y unas patatas fritas. Se sentía cansado y harto.

Llegó la tarde y la oscuridad. Alain había perdido todo el día. Y entonces Lucas, ahora ocupando en cuerpo de una mujer de mediana edad, fallecida por un golpe de viento y una rama que había impactado sobre su cabeza, lo vio entrar en un hotel.

«¿Qué hace aquí?, se preguntó. ¿La estará buscando? ¿Qué tengo que hacer, Dios, Satanás o la madre que os parió a los dos? ¿Lo ayudo? ¿No? Porque solamente tiene que caminar dos manzanas más».

Al día siguiente, Alain se levantó a las siete. Lucas no estaba con él, sino que se encontraba en casa de la pareja. Estos dormían plácidamente, pero cada uno en su lado de la cama, intentando no tocarse. Lucas, tras perder su enésimo cuerpo, los había observado desde el momento en que se habían acostado siete horas antes, primero ella, con rapidez, y después él tras fumarse un último cigarrillo.

—Fumas demasiado —le había recriminado.

—¿Y tú quién eres para criticarme?

—Soy la mujer que duerme a tu lado todas las noches y que te prepara el desayuno todas las mañanas.

—Muchos humos tienes, ¿no?

—Tengo mis derechos.

—Para mí no los tienes.

—¿Qué quieres decir? No te reconozco. ¿Qué nos ha pasado? Éramos felices.

—Bienvenida a la realidad.

—Antes no eras así.

—Antes no me comportaba así —corrigió—. Siempre he sido así.

—No es cierto.

—Lo es, pero antes no te habías dado cuenta.

—¡Mientes! —gritó alzando la voz.

Andrés, sin decir nada más, se giró, alzó su torso y la golpeó en la cara. Los dos se miraron sorprendidos.

Ella no pensó en llorar ni en recriminarle la acción. Ya no. Se giró dándole la espalda y cerró los ojos. Esperó que Andrés se encontrará bien. Por su bien. Por el bien de los dos.

A las siete y media de la mañana Alain estaba otra vez en la calle. Seguramente llovería. Esa semana había llovido la mayoría de los días y ese día el cielo estaba tan oscuro como los días anteriores. Pero todo eso no preocupaba a Alain, quien se había lanzado a la calle sin pensárselo dos veces.

Se sentía indeciso e inseguro, pero caminaba como si supiese adónde tenía que ir. Parecía querer aparentar seguridad.

Durante una media hora dio vueltas por las calles adyacentes al hotel donde se hospedaba y en un par de veces pasó por delante del edificio donde vivía Rocío. Lucas, de guardia en la portería del edificio, lo había visto pasar en ambas ocasiones, pero nada podía hacer para llamar su atención. Su nivel como fantasma era verdaderamente patético, y es que no podía mover ni un mísero papel. Lo suyo era ver y no tocar, literalmente hablando.

La primera vez que lo vio pasar pensó: «No esperaba verte tan pronto, aquí madruga tanto como en tu casa. Es aquí, Alain».

Pero Alain había pasado de largo.

Diez minutos más tarde había vuelto a pasar. Lucas lo había mirado esperanzado, pero el francés ni siquiera había reparado en el edificio de Rocío, sino que había continuado calle abajo. Lucas había cambiado su esperanza por desespero, pero sin dejar de su puesto de vigía. Esperaba que Andrés saliese pronto para la oficina.

A las ocho los dos se levantaron. Rocío preparó el desayuno y Andrés, después de discutir de nuevo, se había ido sin desayunar. Seguramente pensaba desayunar en la oficina. Lucas, que había visto cómo se iba Andrés, decidió que era el momento de ir en busca de otro cuerpo, lo necesitaba si quería ponerse en contacto con el francés.

—¡Pedro! —llamó—. Necesito tu atención, pronto.

Esperó con la paciencia escapándose, estaba seguro de que Pedro había oído su llamada, pero nunca le respondía, no hasta que no tenía algún cuerpo disponible.

El tiempo pasaba. Lucas lo sabía. En breve Rocío saldría de casa para realizar las compras del día y volvería a su hogar antes del mediodía. Siempre era así.

Se dirigió al hotel donde se hospedaba Alain. No sabía cómo, pero estaba seguro de que allí lo encontraría, pero entonces lo encontró en una cafetería situada a medio camino entre el piso de Rocío y el hotel desayunando, comiendo lo más rápidamente posible, casi atragantándose. Se notaba que tenía prisa.

Lucas miró el reloj en la muñeca de Alain, marcaba las nueve menos cuarto. Por una vez, su nuevo cuerpo disponía de reloj, un reloj de buena calidad. A esta hora,

Rocío ya debía estar vestida. Andrés ya había marchado a la oficina y Rocío aprovecharía para realizar rápidas compras antes de volver a encerrarse.

«Seguramente saldrá en media hora», pensó Lucas.

Mientras tanto, Alain se disponía a terminarse el café con leche.

Las nueve y veinte. Rocío no podía tardar en bajar y Pedro, que no atendía a su petición.

—¿Qué prisa tienes? ¿A qué viene la urgencia? —Pedro apareció de repente.

—¡Necesito un transporte!

—¿Qué modales son esos, alma? Déjame ver si tenemos algún transporte disponible en la zona —dijo y se comenzó a revisar una lista en la tablet que llevaba—. No es lo más ético, pero ese señor que se sienta en esa mesa, es ahora un candidato. Justo acaba de quedar libre. Será mejor que lo ocupe antes de que me lo piense.

Lucas no preguntó. No entendía el método de selección. Todos sus anteriores cuerpos habían fallecido por muertes violentas, accidentes, suicidios. Era su primera muerte natural.

—Perdone, joven —dijo.

Ahora era un señor ya mayor, se había sentado en la mesa más cercana a la que ocupaba Alain.

—¿Sí? —le preguntó Alain mientras lo miraba con simpatía. Le recordaba a su abuelo, ya difunto.

—¿Podría indicarme dónde me encuentro?

—¿Se ha perdido, señor?

—No, joven. Lo único es que no sé dónde estoy —protestó el viejo indignado.

—Lo siento, pero yo no soy de aquí.

—Ya me había parecido... —dijo mientras miraba la esfera del reloj. Las nueve menos cinco—. ¿De dónde es usted, joven?

—De París, Francia.

—Ya sé dónde está París, joven. Soy viejo, pero no tonto. Recuerdo unas vacaciones en París... pero hace ya tanto tiempo... Déjame recordar. ¿En qué año estamos? No, ya lo sé. ¿Había nacido Juan? No, todavía no. Sí, creo que fui hacia mil novecientos sesenta y tres, año más año menos.

—¿Lo ayudo?

—¿Qué manía tiene la juventud de devolverme a la realidad —protestó—. ¿Ha cambiado mucho?

—¿El qué?

—París, joven, París. Vaya juventud la de ahora, siempre despistados.

—Imagino que sí. Perdona, pero tengo prisa.

—¡Qué bonito! Primero se ofrece a ayudarme y después quiere salir corriendo.

Y justo en ese instante, Rocío pasó por delante de la cafetería. Vestía un largo abrigo color verde botella y unos botines negros. Alain la miró sorprendido y Lucas, aliviado. Alain salió corriendo de la cafetería sin detenerse a pagar la cuenta. Lucas sacó las suficientes monedas del bolsillo para pagar el café del francés. No podía consentir que un detalle tan nimio fastidiase el encuentro.

Rocío se acercó a grandes zancadas hasta el cruce. El semáforo había cambiado de color segundos antes.

—¡Rocío! —gritó Alain.

Ella se giró rápidamente. Lo miró sorprendida y cerró el puño contra el bolso que llevaba.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó procurando ser indiferente, pero a la vez simpática.

—Te estuve buscando.

—¿Quién te ha dicho dónde vivo?

—Nadie. —Y antes que ella pudiera preguntarle algo más—. ¿A dónde vas?

—De compras. Al súper.

—¿Puedo ir contigo?

—No lo sé... —dijo mirando a su alrededor.

—¿Qué temes? —Se acercó aún más a ella, intentándola coger de la mano.

—Nada. No debiste venir, únicamente es eso. —Sus dedos se rozaron levemente.

—¿Ya no somos amigos?

Ella alzó su mirada, pues él era veinte centímetros más alto que ella.

—Sí que lo somos, pero...

—¿Qué pasa, qué te pasa?

—Perdona. Yo también estoy contenta de verte de nuevo —dijo nerviosamente.

—No te vayas por la tangente, algo te pasa. ¿Es Andrés?

Ella lo miró fijamente, apretó los labios y contestó con un movimiento de cabeza.

—¿Por qué no hablas? ¿Me estás mintiendo? Lo sé, te conozco. Dímelo y me encargaré del maldito de Andrés.

Rocío observó durante un instante a Alain. Sabía que tenía la suficiente presencia física como para darle una lección a Andrés. Era alto y fuerte, además de un trozo

de pan. Pero ¿después qué?

—Siempre piensas lo mismo. Estoy harta —protestó como respuesta—. Adiós.

—Espera, no me dejes así —suplicó Alain.

Pero Rocío ya había cruzado y se estaba alejando sin volver una sola vez la vista atrás.

Cuando Alain quiso reaccionar, el semáforo había cambiado de nuevo de color, impidiéndole cruzar el numeroso tráfico. Ahora sabía que algo pasaba con Rocío y que ella no quería saber nada de él.

CAPÍTULO XIII

Rocío llevaba los labios firmemente apretados, las manos crispadas y los ojos secos, excesivamente secos. Segundos después, pestañeaba ostensiblemente y una lágrima caía por su mejilla. Separó los labios y emitió un suspiro. Sus zancadas fueron menos enérgicas y su expresión se suavizó. Parecía aturdida, pero no era el momento ni el lugar adecuado para averiguarlo.

No tenía la ganas de volver a casa rápidamente, además, seguramente Andrés no vendría a comer.

Entró en unos grandes almacenes y compró un monedero, después se dedicó a visitar los distintos pisos y dos horas después entraba en un restaurante.

Rocío pidió arroz a la cubana y el postre. Nada más. Lucas se sentó delante de ella y la observó mientras engullía despacio la comida.

«¿Qué puedo hacer para ayudarla? Alain no me ayuda. No hay manera de que sepa cómo actuar. No la sabe tratar, ella necesita a alguien comprensivo, que sepa escuchar. Alain no sabe escuchar. Yo sí sé escuchar».

«Ahora, tú mismo lo has dicho. ¿De qué sirve ese ahora cuando lo que importa es el ayer? Mira a esa joven, mira lo que hiciste».

«¿A qué te refieres?».

«¿Es posible que todavía no lo recuerdes?».

«Pues no. ¿Quién es?».

«Piensa en ella con nueve años menos, cuando era poco más que una niña vulnerable».

«A esa edad yo tendría veintidós. Y Rocío tendría unos dieciséis o diecisiete. Salí con unas cuantas chicas de esa edad».

«¿Y a cuántas mentiste haciéndole creer que ella era algo especial, que podía confiar en ti?».

«Nunca las engañé. Siempre me mostré tal y como era. Ellas eran una más y sabían que nunca duraba. Quizás hubo una o dos a las que les costó un poco más ver la verdad, pero todas comprendían al final».

«No todas las mujeres son iguales, y tú la trataste como a una más, no, aún peor. Le hiciste una promesa y la has olvidado».

«¿Qué promesa?».

«La promesa que has olvidado».

«¿Qué promesa? ¡Responde!».

Rocío se levantó de la mesa, pagó la cuenta y salió del restaurante. No volvió a casa, sino que se dedicó a pasear por la ciudad, pero sin rumbo fijo.

«¿Cuándo se decidirá?».

Pero Rocío no deseaba volver a casa. A media tarde entró en un bar. Pidió un combinado, mientras tanto Lucas la esperaba en la puerta, de nuevo era él mismo. Una hora más tarde había bebido tres combinados y no parecía decidida a dejarlo estar. Otra hora después se había tomado dos más.

—Déjalo, déjalo.

Y lo dejó. Lucas ni se lo podía creer. Ahora solamente existía un problema. No podía llegar de esa manera a su casa, Andrés no la podía ver borracha. Lucas sabía que Andrés llegaría a la casa en una hora u hora y media como máximo. Debía despejarla rápido si no quería pensar en las consecuencias. No estaba acostumbrada a beber en exceso. Abrió la puerta de su piso. Cuando ella ni siquiera había terminado de cerrar la puerta, su marido la cogió del brazo y lo apretó con fuerza:

—¿Dónde has estado? He llegado y tú no estabas ni la cena tampoco. He tenido que cenar fuera. ¿Quién te dijo que salieras? ¿Dónde has estado? ¡Contesta! —le ordenó levantando la mano con la intención de abofetearla.

Pero él no le daba tiempo a responder, seguía preguntando.

—Y encima vienes borracha, no lo niegues. No puedes ni aguantar el equilibrio.

—Mi vida no te pertenece —contestó como si la bebida le hubiera dado fuerzas.

—Te equivocas, y te lo demostraré.

La agarró por los hombros, la zarandeó y después, casi arrastras, la llevó hasta un pequeño cuarto que utilizaban para guardar los productos de la limpieza y otros utensilios de uso infrecuente. La soltó bruscamente dentro del cuarto, Rocío perdió el equilibrio y golpeó el suelo con sus nalgas. Andrés se giró, cogió el pomo de la puerta y tiró de él para cerrar la puerta. Después pasó el cerrojo, dejándola, por tanto, encerrada.

—Hoy no cenas y mañana no desayunarás.

—No me puedes hacer esto. —La borrachera había desaparecido.

—Sí que puedo, y lo hago. Felices sueños, amorcito.

—No te vayas —le pidió golpeando la puerta—. Al menos, déjame una luz.

Pero ya se había alejado. La había dejado encerrada y a oscuras. Rocío, con las piernas dobladas y con los brazos atrapando las rodillas, miró hacia donde sabía que estaba la bombilla, pero no la podía activar, ya que el interruptor estaba fuera. Así lo había querido Andrés. Rocío se estremeció al recordar su insistencia en colocarlo fuera. ¿Significaba eso que Andrés ya planeaba entonces encerrarla?

Tampoco tenía nada para comer allí, pues no era una despensa. Se apuntó mentalmente que debía esconder comida. ¿Y si la volvía a encerrar en más ocasiones?

«¿Por qué tuviste que hacerlo, Rocío? Sabías que iba a pasar esto», le dijo Lucas, aunque sabía que ella no podía escucharlo.

Se sentó a su lado, quería mecerla en sus brazos.

«Tonta, mil veces tonta. ¿Cómo puedes amarlo todavía?».

—Hoy me lo merecía —dijo ella en voz alta.

Lucas la miró sorprendido, pero a la vez triste. Era como si Rocío hablase con él, pero no era así, y Lucas lo sabía. Y le dolía.

«No estás bien de la cabeza, no puedes estarlo. Él no te quiere, ¿es que no lo ves?».

—No pienso abandonarlo, él cambiará.

Se acostó en el suelo. Sabía que no podría dormir, pero necesitaba estirarse.

Las horas transcurrieron lentamente, Rocío se había adormecido finalmente desvelándose cuando oyó los pasos de Andrés acercándose a la puerta.

—Ábreme —le pidió.

—¿Ya estás reclamando? No, ayer te dije que ni cenarías ni desayunarías, y no lo harás.

—Pero necesito ir al lavabo y no me puedes dejar sin tomar ni una sola gota de agua —protestó.

—Sí quieres mear, tienes el cubo de la fregona. Te sirve perfectamente.

—Al menos enciende la luz.

«¿Por qué le dices eso? Estás claudicando. ¿Es que no lo ves?».

—¡Ja! Tus padres te han malcriado.

—¿A qué viene eso?

—Algún día lo sabrás —contestó enigmático—. Adiós.

No valía la pena preocuparse por Rocío. Hoy no le podía ocurrir nada. Lucas

decidió vigilar a Andrés. Casi no sabía nada sobre su vida. Quizás la manera de ayudarla y de ayudarse a sí mismo era descubrir quién era en verdad Andrés.

Lo acompañó hasta la oficina, encima de su escritorio había una fotografía de los padres adoptivos y entre ellos una bella mujer, algunos años más joven que la pareja y con la cara medio tapada por un sombrero de ala ancha.

«¿Quién debe ser?», se preguntó Lucas.

Esperó dando vueltas hasta la hora del almuerzo, sabía que Andrés había quedado para almorzar, así lo había supuesto cuando había ordenado a su secretaria hacer una reserva para dos.

Andrés ya se había sentado a la mesa. Miraba el reloj, impaciente, el tiempo transcurría y la cita no llegaba.

—¿Le sirvo algo, señor? ¿Una copa?

—Sí, una copa de vino blanco. Gracias.

—Sí, señor.

En ese momento, justo la puerta principal se abrió. Los dos levantaron la cabeza, esperanzados, pero no era la persona esperada, sino un matrimonio de mediana edad. Minutos después entró un cura y detrás de este, por fin, ella; la mujer que tanto esperaban. Avanzó a pasos lentos, como si los zapatos le apretasen, sonrió y dejó que el camarero la ayudase con la silla.

—Hola.

—Llegas tarde.

—¿Es esa forma de hablarme?

—¿Tienes algún derecho adquirido y yo no me he enterado?

—Yo creo que sí.

—Vaya gracia. ¿Qué hubieras hecho conmigo?

—Lo mismo te digo, sin mí no hubieras conocido a tu mujercita.

—Ella no es mi mujercita —protestó molesto por el adjetivo.

—¿Y el testamento?

—¿No puedes disimular tu interés?

«¿De qué testamento hablan?», pensó Lucas.

—Te veo bien, por cierto.

—No me hables como a un niño.

—A veces te comportas como tal.

—¿Pedimos?

—Sí.

Minutos después los dos comían, sin hablar, solamente se miraban de vez en cuando.

Lucas no se podía creer quién era la mujer, no lo podía creer.

«Ella, ¿cómo es posible? ¿Desde cuándo se conocen? ¿Quién es ella en su vida? ¿Qué planean estos dos? Me fío tanto de uno como del otro... No me siento bien aquí en medio entre estas dos serpientes».

—Os invitaré a comer el domingo —dijo la mujer.

—Rocío estará encantada.

—Yo también. Y Procura ser educado, caballeroso...

—¿Acaso no lo soy siempre?

—Ya sabes a lo que me refiero. No dejes salir tu lado oscuro.

—Claro que no, ¿tomarás esas patatas?

—No debería, deseo bajar unos kilos.

—Te hacen falta. Esa falda te aprieta demasiado. Deberías saber que esa ropa ya no es adecuada para tu edad.

—Andrés, por favor.

—¿Por qué me miras así? ¿Acaso no es verdad?

—Sí, pero...

—Mujeres.

—Hombres.

«¿Qué parentesco hay entre ellos?» ¿Qué son el uno para la otra?

—¿Nos vamos?

—Sí.

Los dos se levantaron de la mesa.

—¿Te llevo? —preguntó Andrés solícito.

—No hace falta, traje mi propio coche.

Andrés la acompañó hasta su coche.

—Nos veremos el domingo —dijo.

—El domingo —repitió ella.

Lucas la vio alejarse en el coche, todavía sorprendido. Andrés caminó hasta su coche y condujo hasta la oficina, donde se entretuvo hasta las cuatro, hora a la que volvió a casa.

Rocío lo esperaba. Se sentía cansada, sucia, dolorida. Solamente deseaba salir de allí y darse una ducha rápida y meterse en la cama después de comer lo que fuese. Pero comer. Y beber. Necesitaba beber urgentemente.

Andrés, fiel a su promesa, abrió la puerta. La miró y frunció la nariz. Olía a sudor y heces. Rocío no levantó la mirada, si no que esperó el siguiente paso de Andrés.

—¿Te puedo dejar salir ya? —preguntó.

Rocío no respondió.

—¡Responde!

Pero Rocío siguió callada, con los ojos fijos en el suelo sucio.

Andrés se agachó y tiró de ella para levantarla del suelo. Rocío no protestó ni peleó.

—¿Por qué me obligas? —preguntó Andrés.

Y entonces llegó la primera bofetada. Y una segunda.

—No me pegues más. —Parecía suplicar, pero su voz era firme.

Lucas observaba toda la escena con los puños apretados y los pies clavados en el suelo.

—Ahora prepara la cena.

—¿Quieres que encima trabaje para ti?

—¿Prefieres acaso no cenar?

—Sí.

—Prepárala —le ordenó amenazador.

Rocío parecía dispuesta a replicarle, pero no lo hizo, sino que se metió en la cocina, cerró la puerta tras de sí y se dispuso a hacer la cena.

—Espero que sea comestible.

Ella no se dignó a contestarle.

«Déjalo. Hazlo, adelante. ¿Es que no ves que no te ama? ¿A qué esperas?».

—La cena está lista.

—Gracias —su voz era irónica.

Los dos se sentaron a la mesa, parecían dos extraños más que dos personas unidas en matrimonio. Si alguien los hubiera visto, no se hubiera creído que habían estado unidos por el amor. La cena, sin demasiadas pretensiones, fue devorada por él y masticada por ella.

—¿Qué piensas hacer esta noche? —le preguntó ella, no por verdadero interés, pero sí para intentar normalizar su situación.

—Eso no te importa, querida. Sírveme otro trozo. Por una vez has cocinado un buen plato, felicidades.

Rocío sonrió. Andrés ya no la felicitaba nunca.

CAPÍTULO XIV

Jueves por la mañana. En la oficina del padre de Rocío.

—Hola, papá.

—Casi no te veo. ¿Dónde andas metida?

—En casa, papá, en casa.

—Pues antes no eras tan casera. ¿Y tu marido? ¿Cómo está?

—Bien. Está de viaje, volverá mañana.

—¿Qué tal todo?

—Una maravilla, papá, aunque siento no poder explicárselo a mamá. En estos días siento más su falta. Me abandonó tan pronto.

—¿No estarás...? —preguntó sin saber muy bien como plantearlo.

Rocío se quedó pensativa. ¿Podía estar embarazada? ¿Sería esa la solución?

—No, por ahora no.

—Mejor. Es demasiado pronto, primero debéis disfrutar de vuestro matrimonio.

Rocío sintió como tenía que luchar contra las lágrimas. Su expresión triste alarmó a su padre, pero él, desconociendo la realidad, le dijo con voz animosa:

—Aunque tu madre ya no está, yo sí estoy para lo que necesites.

—Lo sé, pero no es lo mismo. —Y entonces se dio cuenta de que había herido a su padre—. Lo siento, papá. No quise...

—No pasa nada —dijo con una sonrisa, aunque era mentira—. Y Gregoria también te ayudará encantada. Ha aceptado a tu marido. Estoy seguro de que si le das una oportunidad, no te defraudará.

—No empieces otra vez, papá. Sabes que jamás nos entenderemos.

—¿Por qué no lo intentas? ¿No seríamos todos más felices sin vuestras rencillas?

—¿Sinceramente? Nunca la he soportado.

—¿Sabes la verdad?

—¿A qué te refieres? —preguntó Rocío sin entender a dónde quería ir a parar su padre.

—Nunca se lo has perdonado.

—¿El qué?

—Que ocupase el puesto de tu madre.

—No es eso —negó—. Es ella, ella. Quizás hubiera aceptado a otra, pero no a ella.

—¿Por qué?

—Es fría, mandona... No me gusta. No me cae bien. ¿Por qué nunca nos ha explicado nada de su pasado? ¿Por qué nunca nos ha enseñado su álbum de fotos a pesar de que yo sé que tiene uno escondido en el baúl? Cuando una tarde lo cogí y decidí darle un vistazo, ella me atrapó y no me golpeó de milagro. Ganas no le faltaron, pero entonces te oímos llegar. Me amenazó con mandarme lejos, y yo callé. Es demasiado misteriosa. Sin fotos, sin pasado, sin amigos de una vida anterior. ¿Qué hay detrás de todo esto? ¿Dónde la conociste?

—Lo sabes muy bien. Fue en una fiesta que daba tu padrino. Fue algo, algo... Todavía no me lo explico cómo acabé acompañándola a su casa.

—¿Y eres feliz?

—No lo sé —respondió. Y era sincero.

—¿Te divorciarías?

—No lo sé.

—¿Te hubieras casado ahora?

—No lo sé.

—¿Qué sabes de su pasado?

—En realidad casi nada. Nunca me interesó. Si ella no quería explicarse, yo no iba a preguntar. Siempre he considerado más importante el futuro que el pasado.

—Pero algo sabrás...

—Ni siquiera sé su edad verdadera. Como ya sabes, su padre era capitán de un barco mercante y su madre era de una familia con nombre, pero sin dinero. Ella murió cuando Gregoria era muy pequeña. El padre intentó educarla lo mejor posible, aunque creo que nunca aprovechó los estudios. Una vez me dijo que su único deseo era aprender a “pescar” a un rico. Sí, esa fue la expresión que utilizó, pescar a un rico.

—¿Y tiene más familia? Nunca nos ha presentado a nadie.

—No que yo sepa. ¿A qué viene tan repentino interés?

—Buscaba un tema de conversación, nada más. Lo podemos dejar.

—Un tema raro. No hace falta si tú no quieres.

—Sí, quiero. Salgamos a almorzar.

—De acuerdo, pequeña.

—Papá, ¿puedo dormir esta noche en casa?

—¿Y eso?

—No deseo dormir sola en la casa.

—Bien, ya sabes dónde está tu cuarto.

—Sí. —Y lo besó en la mejilla.

Los dos se dirigieron al garaje, allí les esperaba el chófer con el coche a punto.

—Hola, Tomás.

—Hola, señorita, bienvenida.

—Gracias, Tomás. —Sin recordar que ella ya no era una señorita, era una señora casada.

El conductor los condujo a la residencia familiar con rapidez y seguridad.

Su padre había sido el cochero del abuelo de la señorita y con un poco de suerte después le tocaría a su hijo, que en esos momentos tenía veintidós años.

Una joven criada les abrió la puerta. Era la primera vez que Rocío la veía.

—¿Quién eres?

—Rosa, señora.

—¿Desde cuándo trabajas aquí?

—Mañana hará dos semanas.

—Ya sabes cómo es Gregoria —dijo el padre.

Entraron en la sala principal. Rocío se despojó del abrigo, cogió el de su padre y los dejó en manos de Rosa.

—Todavía no entiendo cómo dejaste el empleo.

—Fue un deseo de Andrés. —De nuevo estaba casada.

—¿Desde cuándo obedeces a los demás? ¿Qué armas utiliza en tu contra?

—Ninguna, papá.

—¡Qué extraño! —Y después, como si hablase consigo mismo—. Sumamente extraño.

La puerta se abrió y apareció Gregoria con el hijo del chófer detrás, lleno de paquetes.

—Cada vez es más difícil comprar...

—Hola, querida.

—Pero si estás aquí, niña. ¿Cómo tú por aquí?

—Andrés está fuera y yo decidí visitar a papá. Me quedaré esta noche.

—Me parece muy bien. Debes estar con tu familia, Rocío. Casi no nos visitas.

—Es verdad, lo reconozco. Andrés y yo andamos tan ocupados...

—Vamos, te enseñaré lo que he comprado.

Rocío recordó las palabras de su padre sobre darle una oportunidad.

«No vayas. No te fíes de ella. Es una trampa. ¿Es que no ves lo falsa que es? Desde la boda no ves, no oyes, no sientes, ¿qué te pasa?», pensó Lucas.

—De acuerdo, Gregoria.

Gregoria sonrió y se dirigió a las escaleras, seguida de Rocío y del hijo del conductor.

—Deja los paquetes sobre la cama.

—Sí, señora.

En cuanto el joven cerró la puerta tras de sí, Gregoria desnudó sus manos, su cabeza y se despojó del abrigo:

—Un día me moriré —suspiró.

Rocío no abrió la boca.

—Eso a ti no te importa, ¿verdad?

—Sí que me importa, Gregoria.

—No seas hipócrita.

—No lo soy, he tenido una buena profesora.

—Zorra.

—Eso lo eres tú —le escupió Rocío.

—¿Qué sabes tú? —preguntó blanca como el papel.

—Nada. ¿Qué sucede?

—No me mientas. ¿Qué sabes sobre mí? —preguntó agarrándose el costado.

—Nada —repitió abriendo la puerta como si se dispusiese a salir, pero volvió a cerrarla, decidida a saber algo más—. ¿Qué es lo que te preocupa tanto?

—Nada —respondió dejándose caer en la butaca con un pequeño quejido.

Rocío hizo como si no lo hubiese escuchado, siguió preguntando:

—Yo ya te he dicho la verdad, ahora te toca a ti.

—¿Cómo sé que no sabes nada sobre mí?

—Nada sé. ¿Qué ocultas?

—Ya te he dicho que nada.

Rocío la agarró de los brazos, zarandeándola.

—¿Quién eres? ¿Qué ocultas?

—¿Dónde has estado? —preguntó Andrés a bocajarro a la tarde siguiente.

—¿Cuándo? —preguntó Rocío intentando disimular su nerviosismo creciente.

—Ayer.

—En ningún sitio.
—Mentira. Has dormido en casa de tu padre —le soltó como si se tratase de un pecado.
—Es verdad —confesó Rocío.
—¿Quién te dijo que podías?
—Es mi casa. Era mi casa.
—¿Y qué?
—Tú no estabas y yo tenía miedo de estar sola en casa —se excusó.
—Valiente excusa —se burló Andrés.
—Tenía miedo —insistió.
—¡Ja!
—¿Quién fue? ¿Quién te lo dijo?
—No voy a traicionar su confianza, igual como tú haces conmigo.
—¿Yo? ¿Se puede saber qué te he hecho?
—Nacer, esa es tu falta.
—No te entiendo, Andrés.
—Ni yo. —Y parecía sincero, por una vez en su vida, parecía humano. Ella se acercó, colocó su mano obre su brazo cariñosamente y dijo:
—Vámonos de viaje, lo necesitamos.
—Tengo demasiados compromisos.
—Cancélos.
—No puedo. —De nuevo era humano.
—Al menos un fin de semana. Nos irá bien cambiar de aires.
—Es imposible —repuso él.

Lucas había decidido visitar a Alain. Lo encontró pintando, como de costumbre. Se había dejado crecer la barba y sus ojos parecían llenos de vida. Su pincelada no era tan desenfadada como antes de la boda de Rocío. Ahora era más serena.

«¿Qué le pasa? No lo veo triste. ¿Es que la ha olvidado?».

Alain cantaba alegremente mientras se levantaba, se vestía y salía a la calle.

«¿A dónde va?».

Lucas decidió seguirlo. Le había costado tomar la decisión de dejar sola a Rocío, pero necesitaba hacer ese viaje. Todavía tenía esperanzas. Atravesó la ciudad tras Alain. Este caminaba a grandes zancadas, y su piel parecía más tostada que nunca.

«Parece un hombre distinto».

Al llegar a unos jardines se paró, torció a la derecha y se sentó en un banco

mientras miraba el reloj.

«¿A quién espera?».

Dos minutos después exactamente se acercó una chica de unos veintisiete años, pelirroja, con los ojos verdes. Su mirada era agradable y parecía simpática. Alain se levantó al verla llegar.

—Hola.

—Hola.

Intercambiaron un par de besos rápidos.

—¿Vamos?

—Sí.

Lucas se situó a su lado, quería enterarse de toda la conversación.

—Nunca me había sentido antes así.

—¿Cómo?

—Tan tímido, pero a la vez tranquilo.

—Ni yo —afirmó la joven pelirroja.

—Ni siquiera nos conocemos.

—Ya nos conoceremos —dijo profética la pelirroja.

«¿Va en serio? ¿La ha olvidado? Lo tengo que averiguar ya».

No tenía tiempo que perder. El tiempo volaba. Tocó el hombro de Alain, colándose en sus pensamientos. Empezó a buscar, pero no la encontraba tan fácilmente como antes. ¿Dónde la había escondido?

«Juana, Nicole, Sonia. Cuántas mujeres. ¿Por qué tantas? Ha estado intentando olvidarla, pero ¿ya la ha olvidado su corazón?».

Paulina, así se llamaba la pelirroja. Lucas se dio cuenta de que por esta mujer sí iba a hacer el esfuerzo de olvidar a Rocío.

«¿Por qué he ido a visitarlo otra vez? He perdido el tiempo. Él ya no la ayudará».

CAPÍTULO XV

Dos semanas después...

—¿Rocío?

—Cuanto tiempo sin oírte. ¿Por qué nunca me llamas?

—No sabía si mi llamada sería bien recibida.

—No digas tonterías, Alain. Tú siempre serás mi amigo.

—Me alegra oírte, Rocío.

—Y a mí también. Quiero decir, que me alegra escucharte.

—Te llamo porque necesito darte una noticia... —Y se calló.

—¿Has vendido un cuadro? ¡Por fin! ¿Ha sido el de la mujer mirando por la ventana?

—No exactamente, aunque me gustaría que esa fuese la noticia. —Parecía no saber cómo decírselo.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Te ha tocado la lotería?

—En cierta forma sí. Me caso. —Ya lo había soltado.

Ella no reaccionó.

—Me has oído, ¿verdad?

—Sí. —Pero casi no se la oía.

—¿No te alegras?

—Te felicito.

—Te invito a mi boda. Quiero que seas mi madrina.

—No sé si será posible.

—No acepto un no por respuesta.

—Lo intentaré. ¿Cuándo es la boda?

—En un mes.

—¿Tan pronto? De nuevo, felicidades.

—Sabía que te alegrarías por mí.

—¿Cómo no me iba a alegrar?

—¿Cuándo me darás tú una noticia?

—¿A qué te refieres?

—A los niños.

—No corras tanto, acabamos de casarnos.

—Me gustan los niños.

—Sabes que a mí también.

—¿Rocío? —De repente, su voz sonaba extrañamente seria.

—¿Qué?

—¿Siempre seremos amigos?

—Siempre.

—¿Siempre?

—Sabes que sí.

—Sé feliz.

—Lo seré.

—¿Es que no lo eres? —preguntó preocupado.

—No importa. No hables de ello.

—¿Qué te pasa? Ya sabes que tienes todo mi apoyo y cariño.

—Siempre serás mi amigo, el mejor que he tenido. Gracias por todo. Te prometo que estaré en tu boda.

—¿De verdad?

—De verdad. Adiós.

—Adiós.

Rocío miró por la ventana. Alain siempre había estado ahí, siempre a mano para cuando ella se decidiese a dejar a Andrés. Y ahora esa opción ya no existía.

—Andrés, tenemos una invitación para una boda.

—¿Quién podría invitarnos?

—Alain. Se casa en un mes. Iremos, ¿verdad?

—Entonces te ha invitado a ti, no creo que me haya incluido. ¿Te ha llamado?

—Sí.

—¿Al fijo o al móvil?

Rocío no respondió.

—¡Al fijo o al móvil!

De nuevo, Rocío decidió mantenerse callada. Andrés se levantó, fue hasta la habitación y volvió con el móvil de Rocío en la mano. Entonces lo abrió, le sacó la tarjeta y lo tiró al suelo.

—No te volverá a llamar y tú no volverás a ver a Alain. Olvídate de esa boda.

—Por favor, Andrés. Ya no sentimos nada el uno por el otro. Él se casa, ya me ha olvidado.

Por toda respuesta, Andrés se levantó y se fue.

Al otro día, Lucas siguió de nuevo a Andrés. No había vuelto a intentar introducirse a pesar de que a veces parecía más humano. Quizás mientras dormía podría haberlo intentado, pero durante el día era una tarea imposible, siempre estaba demasiado alerta. Al entrar en el restaurante de la otra vez observó esa expresión de satisfecho con la vida que llevaba Andrés reflejada en la cara. Allí estaba ella.

—¿No sientes nada por ella? —le preguntó tras un rato de insulsa conversación, al menos desde el punto de vista de Lucas.

—No, nada. No la amo.

—¿Nunca has sentido nada por ella?

—Nunca.

—¿Ella te ama?

—Con locura.

—Todavía —se admiró—. Eres una maravilla.

—Gracias.

—Te has sonrojado.

—No lo he hecho —refunfuñó como un niño.

—Sí lo has hecho.

—No me molestes.

—¿Te molesto?

—El franchute se casa —comentó.

—¿Qué francés?

—¿Cuántos franceses conocemos? Me refiero a Alain.

—¿El ex de Rocío?

—El mismo.

—¿Con quién?

—¿Y eso qué importa? ¿Tú crees que ha tenido la desfachatez de invitar a mi mujer a la boda para que sea la madrina?

—¿Y tú qué has contestado?

—Que no, claro está. ¿Qué otra respuesta podría haber dado?

—Ninguna, niño.

—No me llames niño.

—Para mí siempre serás un niño.

—Pero ya no lo soy, mamá. Tú eras casi una niña cuando me tuviste. Por cierto, ¿por qué me tuviste? A esa edad no te imagino demasiado maternal. Ni tampoco lo eres ahora.

—Te quería. Te quise desde que supe de tu existencia.

—¿De verdad? Yo era un estorbo. Te impedía casarte con un hombre rico, yo solamente era una mancha en tu reputación.

—Pero a pesar de todo lo conseguí.

—Y para lograrlo me abandonaste.

—No te abandoné. Siempre supiste quién era yo, y te di todo lo mejor.

—Menos tu amor.

—Creciste con todo lo necesario.

—Pero sin amor.

—No empieces. Tú sabes que soy incapaz de dar amor.

—Y lo siento, mamá.

—Casi nunca me llamas mamá.

—Nunca te has comportado como una madre.

—No es un reproche, es un agradecimiento. Soy demasiado joven para que me llames mamá.

—Sí, podrías ser mi hermana —repuso irónico.

—No seas irónico.

—No lo soy, es la verdad. ¿Cuántos años tienes? ¿A qué edad te dejaste preñar? ¿Trece, catorce, quince? No creo que fueses mucho mayor.

—Nunca has necesitado conocer esa parte de mi pasado.

—Nunca has querido explicarme nada.

—Déjalo, Andrés.

Los dos se levantaron de la mesa y salieron del restaurante.

—Te invito a tomar una copa en mi casa.

—¿Qué dirá Rocío?

—Nada. Siempre se queja de que no tenemos visitas. Ven, serás bien recibida.

—¿Seguro?

—Seguro.

Cruzaron la ciudad en el coche de Andrés. Ella lo miraba con una mezcla de satisfacción por el trabajo bien realizado, vanidad y quizás también una pizca de amor. Lucas había vuelto con ellos.

—Traigo visita —dijo Andrés al llegar.

—Qué bien —dijo Rocío saliendo del cuarto, pero cuando vio quién era su expresión alegre desapareció—. Hola.

—Veo que no soy bien recibida. Como me lo imaginaba.

—Sí lo eres, Gregoria —exclamó Andrés.

—No, no lo soy —dijo Gregoria viendo la expresión adusta de su hijastra—. Adiós, Andrés, ya hablaremos.

—No te vayas —le rogó Andrés en voz baja.

Pero ya había salido.

—No te perdonaré que hayas echado a mi madre —le soltó a bocajarro.

—¿Pero qué dices? ¿Tu madre? —se asombró Rocío.

—Mi madre. Sí.

—Explícate. No te entiendo, Andrés. ¿Cómo puede ser ella tu madre? —preguntó dejándose caer en el sofá.

—Ella me tuvo cuando era una jovencita, casi una niña. No sé la manera, pero consiguió que los Álvarez me adoptaran. Y un día me enteré de que ella era mi madre. Yo acababa de cumplir los catorce años.

Rocío calculó. Ella tenía nueve años entonces. Su madre todavía vivía.

—Entonces fue antes de conocer a mi padre.

—Según lo que definas por conocer.

—¿No querrás que crea que mi padre comenzó a salir con... —le costaba decir tu madre— Gregoria antes de...

—No, pero ya se conocían. Gregoria y tu padre se conocieron durante las sesiones de quimioterapia de tu madre.

Rocío respiró hondo. ¿Era posible que su padre hubiese traicionado a su madre enferma? Su corazón le decía que no, pero dudaba. Su padre nunca le había contado eso.

—¿Y cómo es que yo nunca vi a Gregoria en el hospital?

—Seguramente la viste, pero nunca reparaste en ella. En aquella época trabajaba en el hospital como asistente social.

Rocío dejó escapar una risa. Esa conversación era cada vez más surrealista.

—¿Y quién es tu padre? ¿Lo conozco también? —preguntó.

—Solamente te diré que te une un parentesco con él.

—¿No será mi padre? —preguntó alarmada. ¿Se había casado con su propio hermano?

Andrés rio maléficamente antes de contestar:

—Uno de tus tíos, no te lo diré más. —Y parecía estar dudando entre llorar o golpearla. Rocío no estaba segura.

—Andrés —dijo solamente.

—Prepara la cena.

Ella se alejó sin decir palabra. ¿Por qué unas veces era tan cruel y otras tan sensible?

Dos días después, jueves a la noche. El cielo estaba cubierto de nubes. Hacía frío para el mes en el que estaban. Acababan de llegar a la casa los dos, pero no juntos. Andrés había llegado unos minutos antes.

—¿Dónde has estado?

—En ningún lado.

—Mentira. Acabas de llegar.

—No empieces. Te habías intranquilizado. ¿Qué pasa? —Se fijó en el auricular del teléfono descolgado. Lo cogió.

—¿Andrés? —Oyó al otro lado de la línea—. ¿Me escuchas?

—Papá, soy yo. ¿Qué pasa?

—Llamaba para avisar que tu madrastra... han llegado tarde...

—¿Qué pasa, papá?

—La han operado de urgencia, nunca imaginamos que...

—¡Papá, vamos ahora mismo! —dijo Rocío, pensando que su padre debía estar rememorando los últimos momentos de su madre moribunda—. Enseguida salimos —afirmó Rocío y colgó.

Andrés se sujetaba la cabeza con las dos manos. Rocío se le acercó y le tocó en uno de los brazos. Andrés bajó los brazos.

—Lo siento, Andrés.

—¡No! —gritó Andrés—. ¿Dónde has estado?

—Salí un momento para visitar a los vecinos de encima. Les he llevado un poco de sopa.

—Mentiras. Todo mentiras. —Levantó la mano hacia la cara de Rocío, quien retrocedió, tropezando con una de las sillas.

«Déjala», dijo Lucas, siempre presente.

Andrés se giró y entró en la cocina. Ella estaba arrodillada junto a una silla. No deseaba levantarse del suelo. Lucas se mantenía a su lado, siempre acompañándola.

De repente, se oyó un grito helado. Andrés había vuelto a la salita empuñando un

cuchillo de grandes dimensiones. Las lágrimas caían por su rostro mientras avanzaba hacia Rocío. Esta se arrastró hasta esconderse bajo la mesa del comedor, abrazada a su pata central con todas sus fuerzas. Andrés se agachó con la intención de sacarla hacia fuera tirando de una de sus piernas, pero Rocío inteligentemente se había sentado de tal manera que le fuese imposible.

Andrés, al ver la imposibilidad de su primer plan, en lugar de desistir, la cogió de la blusa y tiró de ella. Rocío se agarró fuertemente mientras notaba que la blusa se desgarraba, dejando al descubierto su sostén negro.

Andrés la dejó ir. Rocío respiró. La crisis había pasado, pero era mejor que siguiese escondida durante unos minutos más. Jamás calculó la verdadera intención de su marido al soltar su blusa.

Rocío volvió a gritar, pero esta vez de dolor. Andrés se había colocado delante de ella, y con un rápido movimiento la había rajado en el brazo derecho. Una. Dos veces. El dolor obligó a Rocío a soltarse. Andrés, rápidamente, la volvió a coger de la blusa, tirando de ella. Ni ella ni Lucas podían hacer nada.

Rocío se agarró fuertemente a las piernas de Andrés. Su sangre manchaba sus piernas y el suelo.

—Andrés. Andrés.

Andrés levantó el brazo, ese brazo armado, y lo dejó caer sobre el cuerpo de Rocío, introduciendo el cuchillo por su espalda. Rocío no pudo aguantar, sus brazos resbalaron y su cuerpo cayó.

«¡No!», gritó Lucas mientras se preguntaba por qué no la había podido salvar. ¿Cuál era entonces su misión?

De repente, notó una nueva presencia mientras veía una mano que le tocaba a su vez y una voz que le decía:

—Aquellos ojos... Tú eres Lucas, ¿no? Mi primer amor. Nunca pude olvidar tus ojos.

Lucas, por toda respuesta, le besó la mano. Ahora ya la recordaba.

—Siento que no he podido salvarte.

—Todo está bien ahora, Lucas.

De repente, se encontraron los dos en una sala inmensa. Rocío miró asustada, pero Andrés ya sabía qué sitio era ese.

Rocío se sonrojó, se veía desnuda. Lucas, en cambio, ya era capaz de verse vestido y vestida la veía a ella, con una túnica de color malva.

—No te preocupes, no pasa nada. Ahora serás pesada.

—Por favor, suba a la balanza. —Oyó.

Rocío obedeció. Su alma era pura en un 95%. No había duda de cuál era su destino.

—¿Ahora te toca a ti? —preguntó.

En ese momento, Pedro apareció.

—Felicidades, por favor, sigue por ese camino. Te llevará a casa.

—Pero ¿y Lucas?

—Os podéis despedir, pero él todavía no puede ir.

—¿Qué más tengo que hacer?

—Una última misión.

Pedro se alejó un poco, era el momento de dejar algo de intimidad a la pareja.

—No te reconocí hasta el final.

—Yo nunca te olvidé.

—Lo siento, siento todo el daño.

—Ya no importa, ¿no crees?

Pedro se acercó de nuevo.

—Ya debes marchar —dijo a Rocío, y dirigiéndose a Lucas—. Debes ocupar un último transporte.

Lucas lo miró expectante. ¿Qué más tenía que hacer para que se decidiese su futuro?

Entonces volvió al piso de Andrés y Rocío. Allí seguía ella, muerta por apuñalamiento. Y entonces se fijo en Andrés, en el sofá. La sangre.

—Él es el último cuerpo que deberás ocupar. Durará tanto tiempo como tú se lo permitas.

Y entonces desapareció.

Se acercó a Andrés, se había herido en el estómago, justo en el mismo sitio donde Lucas tenía su agujero. Y Lucas entendió. Ese era su destino desde el principio. Lo miró asqueado. ¿Debía ser ahora ese hijo de puta o ser un alma sin descanso? Entonces se dio cuenta, si quería volver a ver a Rocío solamente había un camino. Se coló en él. Andrés despertó, miró lo que había hecho y entonces llamó a la policía:

—He matado a mi mujer —dijo simplemente.

Ana Escudero (Barcelona, 1975).

Relato "¿Es el mar o la mar?" publicado en la obra conjunta "I Concurso Literario de relato corto, Temática Libre" de ZonaedReader y Wolder Electronics.

Relato "Jugando con las nubes" publicado en la obra conjunta "Planeta Vivo - II Concurso Literario de relato corto sobre Medio Ambiente" de ZonaedReader y bq.

Relato "Aquella madrugada del miércoles al jueves" publicado en la obra conjunta "III Concurso Literario de relato corto, Temática Libre" de ZonaedReader, Nubico y bq.

Relato "Rosas y malvavisco" publicado en la obra obra conjunta "IV Concurso Literario de relato corto, Temática Libre" de Zonaereader.

Microrrelato "El examen de historia" que será publicado en breve en la obra conjunta del "I Concurso de Microrrelatos, Temática Libre" de ZonaedReader y Kobo.

Ganadora del 1º "Jocs Florals" de la Fundació Pere Tarrés con el relato "Matilde".

Conjuntamente ha publicado dos novelas junto a su hermana Belén, "Solamente Peter" y "Nunca visites al dentista un lunes".

Contacta con la autora:

Facebook: ana.escudero.canosa

Google+: AnaEscuderoEscritora

Twitter: _AnaEscudero

Blog: Las Palabras Descarriadas

Si no te importa, escribe un comentario en Amazon, Goodreads o en mis distintas redes sociales sobre la novela. Por adelantado te doy las gracias como autora independiente y te animo a comentar todas las novelas que leas, todos los autores necesitan y agradecen esos comentarios.

Gracias.

ÍNDICE

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)